Sobre la naturaleza y el medio

KRISHNAMURTI

Kairós

Jiddu Krishnamurti

SOBRE LA NATURALEZA Y EL MEDIO

editorial Kairós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona

Si uno pierde contacto con la naturaleza, pierde contacto con la humanidad. Si no hay relación con la naturaleza, nos convertimos en asesinos; entonces matamos a los cachorros de foca, a las ballenas, a los delfines y al hombre –ya sea por provecho propio, por «deporte», por comida o en aras del conocimiento–. Entonces la naturaleza se asusta de nosotros y repliega su belleza. Podremos hacer largas caminatas por los bosques o acampar en lugares encantadores, pero somos asesinos y así hemos perdido la amistad de la naturaleza. Es probable que no estemos relacionados con nada, ni siquiera con nuestra esposa o nuestro marido.

«Diario II» de Krishnamurti, *4 de abril de 1975*

PRÓLOGO

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo», cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus pláticas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Durante el resto de su vida rechazó insistentemente la condición de gurú que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas.

Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio del cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado a partir de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

POONA, 17 DE OCTUBRE DE 1948

Interlocutor: ¿Cuál es el significado de la correcta relación con la naturaleza?

Krishnamurti: No sé si usted ha descubierto su relación con la naturaleza. No hay relación «correcta», sólo existe la comprensión de la relación. La relación correcta implica la mera aceptación de una fórmula, tal como ocurre con el pensamiento correcto. El pensamiento correcto y el recto pensar son dos cosas diferentes. El pensamiento correcto consiste en amoldarse meramente a lo que es correcto, a lo que es respetable, mientras que el recto pensar es movimiento; es producto de la comprensión, y la comprensión experimenta constantes modificaciones, cambios. De igual modo, hay una diferencia entre la relación correcta y la acción que implica comprender nuestra relación con la naturaleza. ¿Cuál es su relación con la naturaleza (siendo la naturaleza los ríos, los árboles, los pájaros de rápido vuelo, el pez en el agua, los minerales bajo la tierra, las cascadas y los estanques poco profundos)? ¿Cuál es su relación con todo ello? La mayoría de nosotros no es consciente de esa relación. Jamás miramos un árbol o, si lo hacemos, es con vistas a utilizar ese árbol, ya sea para sentarnos a su sombra o con el fin de cortarlo para obtener madera. En otras palabras, miramos los árboles con propósitos utilitarios; jamás miramos un árbol sin proyectarnos nosotros mismos y sin utilizarlo para nuestra propia con-

veniencia. Del mismo modo tratamos la tierra y sus productos. No hay amor por la tierra, sólo hay utilización de la tierra. Si amáramos realmente la tierra, habría frugalidad en el uso de las cosas que la tierra produce. O sea que si comprendiéramos nuestra relación con la tierra, seríamos muy cuidadosos en el uso que hacemos de las cosas de la tierra. Comprender nuestra relación con la naturaleza es tan difícil como comprender la relación con nuestro vecino, con nuestra esposa y nuestros hijos. Pero no hemos concedido a ello ni un solo pensamiento, jamás nos hemos sentado a contemplar las estrellas, la luna o los árboles. Estamos demasiado ocupados con las actividades sociales o políticas. Obviamente, estas actividades son formas de escapar de nosotros mismos, y rendir culto a la naturaleza es también escapar de nosotros mismos. Siempre estamos utilizando a la naturaleza, ya sea como escape o con propósitos utilitarios; jamás nos detenemos a amar a la tierra y las cosas de la tierra. Jamás disfrutamos de los espléndidos campos, aunque los utilizamos para alimentarnos y vestirnos. Jamás nos gusta labrar la tierra con nuestras manos, nos avergüenza trabajar con nuestras manos. Ocurre algo extraordinario cuando uno trabaja la tierra con las manos. Pero este trabajo es realizado solamente por las castas inferiores; ¡nosotros, las clases superiores, somos aparentemente demasiado importantes para utilizar nuestras propias manos! De ese modo hemos perdido nuestra relación con la naturaleza.

Una vez comprendamos esa relación, su verdadero significado, no dividiremos la propiedad en «suya» y «mía»; aunque uno pueda poseer un pedazo de tierra y construir en él una casa, ésta no sería «mía» o «suya» en un sentido exclusivo; sería, más bien, un medio para obtener albergue. A causa de que no amamos la tierra y las cosas de la tierra, sino que meramente las utilizamos, somos insensibles a la belleza de una cascada, hemos perdido el contacto con la vida, jamás nos sentamos con la espalda apoyada contra el tronco de

un árbol. Y puesto que no amamos la naturaleza, no sabemos cómo amar a los seres humanos y a los animales. Bajen por la calle y observen cómo tratan a los bueyes, vean sus lomos completamente deformados. Ustedes menean la cabeza y dicen: «Muy triste». Pero hemos perdido el sentido de la ternura, esa sensibilidad, esa respuesta a las cosas de la belleza, y sólo en la renovación de esa sensibilidad podemos comprender qué es la verdadera relación. Esa sensibilidad no adviene colgando meramente unos cuantos cuadros en la pared, o pintando un árbol o poniéndose unas cuantas flores en el cabello; la sensibilidad surge solamente cuando desechamos esta perspectiva utilitaria. Eso no quiere decir que no podamos hacer uso de la tierra; pero debemos hacerlo según el uso a que está destinada. La tierra está ahí para ser amada, para ser cuidada, no para ser dividida como la tierra mía y la tierra de ustedes. Es tonto plantar un árbol en un cercado y llamarlo «mío». Únicamente cuando uno está libre del espíritu exclusivo, puede tener sensibilidad, no sólo hacia la naturaleza, sino hacia los seres humanos y hacia los retos incesantes de la vida.

NUEVA DELHI, 14 DE NOVIEMBRE DE 1948

Vemos en el mundo que nos rodea confusión, desdicha y deseos en conflicto; al darse cuenta de este caos mundial, casi todas las personas reflexivas y serias –no las que practican el juego de la simulación, sino las que se interesan de verdad– verán naturalmente la importancia de considerar el problema de la acción. Están la acción de masas y la acción individual; y la acción de masas se ha vuelto una abstracción, un escape conveniente para el individuo. Al pensar que este caos, esta desdicha, este desastre que está manifestándose constantemente, puede de algún modo ser transformado o puesto en orden por una acción de masas, el individuo se vuelve irresponsable. La masa es, ciertamente, una entidad ficticia; la masa somos ustedes y yo. Sólo cuando ustedes y yo no comprendemos nuestra relación con la acción verdadera, nos inclinamos hacia la abstracción llamada «la masa»; en consecuencia, nos volvemos irresponsables en nuestra acción. Para la reforma en la acción acudimos a un líder o a una acción organizada, colectiva que, nuevamente, es una acción de masas. Cuando acudimos a un líder para que dirija la acción, invariablemente escogemos a una persona que, según pensamos, nos ayudará a superar nuestros propios problemas, nuestra propia desdicha. Pero, a causa de que escogemos al líder desde nuestra confusión, el líder mis-

mo está también confuso. No elegimos a un líder diferente de nosotros; no podemos. Sólo podemos elegir a un líder que, como nosotros, está confundido; por lo tanto, tales líderes, tales guías y los así llamados gurúes espirituales, nos conducen invariablemente a más confusión, a una desdicha mayor. Puesto que lo que elegimos tiene que provenir de nuestra propia confusión, cuando seguimos a un líder sólo estamos siguiendo nuestra propia proyección confusa. Por lo tanto, aunque una acción semejante pueda producir un resultado inmediato, invariablemente conduce a un desastre ulterior.

Vemos, pues, que la acción de masas, si bien es útil en ciertos casos, por fuerza tiene que conducir al desastre, a la confusión, y genera irresponsabilidad por parte del individuo; vemos asimismo que seguir a un líder también tiene que incrementar la confusión. No obstante, tenemos que vivir. Vivir es actuar; ser es estar relacionado. No hay acción sin relación, y no podemos vivir en el aislamiento. No existe tal cosa como el aislamiento; la vida es actuar y estar relacionados. Por consiguiente, para comprender cuál es la acción que no crea cada vez más desdicha, más confusión, tenemos que comprendernos a nosotros mismos, con todas nuestras contradicciones, con todos nuestros elementos antagónicos y nuestras múltiples facetas constantemente en pugna las unas con las otras. Hasta que nos comprendamos a nosotros mismos, la acción debe inevitablemente llevar a crecientes conflictos y desdichas.

Nuestro problema, entonces, es actuar con comprensión, y esa comprensión sólo puede originarse en el conocimiento propio. Después de todo, el mundo es la proyección de mí mismo. El mundo es lo que yo soy; el mundo no es diferente de mí, no es lo opuesto a lo que soy. El mundo y yo no somos entidades separadas. La sociedad soy yo; no hay dos procesos diferentes. El mundo es mi propia extensión, y para comprender el mundo tengo que comprenderme a mí mismo.

El individuo no es lo opuesto a la masa, a la sociedad, porque la sociedad es el individuo. La sociedad es la relación entre usted y yo y otro. Hay oposición entre el individuo y la sociedad sólo cuando el individuo se vuelve irresponsable. Por lo tanto, estamos ante un gran problema. Cada país, cada grupo, cada persona se está enfrentando con una crisis extraordinaria. ¿Qué relación tenemos, ustedes y yo, con esa crisis y cómo hemos de actuar? ¿Dónde comenzaremos, a fin de producir una transformación? Como dije, si acudimos a la masa, no hay salida, porque la masa implica un líder, y la masa es siempre explotada por el político, el sacerdote y el experto. Y puesto que ustedes y yo componemos la masa, tenemos que asumir la responsabilidad con respecto a nuestra acción, o sea que tenemos que comprender nuestra propia naturaleza, tenemos que comprendernos a nosotros mismos. Comprendernos a nosotros mismos no es apartarnos del mundo, porque el apartarnos implica aislamiento, y no podemos vivir en el aislamiento. Por lo tanto, hemos de comprender la acción en la relación, y ello depende de que nos percatemos claramente de nuestra propia naturaleza conflictiva y contradictoria. Pienso que es tonto imaginar un estado en el que reina la paz y con el cual podamos contar. Sólo puede haber paz y tranquilidad cuando comprendemos nuestra propia naturaleza y no hacemos presuposiciones con respecto a un estado que no conocemos. Puede que haya un estado de paz, pero es inútil especular meramente sobre él.

A fin de actuar rectamente, tiene que haber un recto pensar; para pensar rectamente, tiene que haber conocimiento propio; y el conocimiento propio sólo puede tener existencia a través de la relación, no del aislamiento. El recto pensar surge de la comprensión de nosotros mismos, y en ese recto pensar se origina la recta acción. La recta acción es la que se revela cuando nos comprendemos a nosotros mismos, no una parte sino el contenido total de nosotros mismos, de

nuestras naturalezas contradictorias, de todo lo que somos. Cuando nos comprendemos a nosotros mismos hay recta acción, y desde esa acción surge el estado de felicidad.

Después de todo, es felicidad lo que queremos, lo cual casi todos buscamos de diversas formas, mediante múltiples escapes: los escapes de la actividad social, del mundo burocrático, del entretenimiento, del culto y de la repetición de frases, del sexo y de otros innumerables escapes. Pero vemos que estos escapes no traen felicidad duradera, que sólo producen un alivio momentáneo. Fundamentalmente no hay nada verdadero en ellos, no hay deleite perdurable. Pienso que ese deleite, ese éxtasis, ese verdadero júbilo del ser creativo lo encontraremos solamente al comprendernos a nosotros mismos. Esta comprensión no es fácil, necesita cierto estado de alerta, cierta percepción sensible. Ese estado de alerta, de percepción sensible, sólo puede tener lugar cuando no condenamos, cuando no justificamos, porque en el momento en que hay justificación o condena, ponemos fin al proceso de comprensión. Cuando condenamos a alguien, dejamos de comprender a esa persona, y cuando nos identificamos con esa persona, nuevamente dejamos de comprenderla. Igual ocurre con nosotros mismos. Observar, estar pasivamente alerta a lo que somos, es sumamente difícil, pero desde esa pasiva percepción alerta surge una comprensión, una transformación de «lo que es». Sólo esa transformación abre la puerta a la realidad.

Nuestro problema, entonces, es la acción, la comprensión y la felicidad. No hay fundamento para un verdadero pensar, a menos que nos conozcamos a nosotros mismos. Sin conocerme a mí mismo, no tengo base para pensar rectamente, sólo puedo vivir en un estado de contradicción, como ocurre con la mayoría de nosotros. Para producir una transformación en el mundo, que es el mundo de mi relación, tengo que empezar conmigo mismo. Ustedes podrán decir: «Producir una transformación en el mundo llevará un tiempo infinita-

mente largo». Si estamos buscando resultados inmediatos, pensaremos naturalmente que ello exigirá demasiado tiempo. Son los políticos los que prometen resultados inmediatos, pero me temo que para el hombre que busca la verdad no hay un resultado inmediato. Es la verdad la que transforma, no la acción en lo inmediato; es sólo el descubrimiento de la verdad por cada uno de nosotros, lo que traerá paz y felicidad al mundo. Vivir en el mundo y, sin embargo, no pertenecer al mundo, ése es nuestro problema; y es un problema al que debemos dedicarnos muy seriamente, porque no podemos retirarnos del mundo, no podemos renunciar a él sino que tenemos que comprendernos a nosotros mismos. La comprensión propia es el principio de la sabiduría. Comprendernos a nosotros mismos es comprender nuestra relación con las cosas, con la gente y con las ideas. Mientras no comprendamos la plena significación y el sentido de nuestra relación con las cosas, con la gente y con las ideas, la acción –que es relación– generará inevitablemente conflicto y lucha. Por lo tanto, un hombre verdaderamente serio tiene que comenzar consigo mismo; ha de estar pasivamente atento a todos sus pensamientos y sentimientos, a todas sus acciones. Otra vez, tampoco esto es una cuestión de tiempo; no hay un final para el conocimiento propio. El conocimiento propio es sólo de instante en instante; por lo tanto, es una felicidad creativa de instante en instante.

Cuando abordo las preguntas de ustedes, por favor, no esperen una respuesta; porque ustedes y yo vamos a considerar el problema juntos y encontraremos la respuesta en el problema mismo. Si tan sólo esperan una respuesta, me temo que quedarán decepcionados. La vida no tiene «sí» y «no» categóricos, aunque eso es lo que nos gustaría. La vida es más compleja que eso, más sutil. De modo que para encontrar la respuesta debemos estudiar el problema, lo cual implica que debemos tener la paciencia y la inteligencia requeridas para investigarlo.

Nueva Delhi, 14 de noviembre de 1948

Interlocutor: ¿Qué lugar tiene, en la sociedad moderna, la religión organizada?

Krishnamurti: Veamos qué entendemos por religión y qué entendemos por sociedad moderna. ¿Qué es lo que entendemos por religión? ¿Qué significa la religión para usted? Significa un conjunto de creencias, ¿no es cierto?; rituales, dogmas, muchas supersticiones, *puja,* repetición de palabras, esperanzas vagas no satisfechas, frustradas, la lectura de ciertos libros, el seguimiento de gurúes, la asistencia ocasional al templo, etc. Ciertamente, todo eso es la religión para la mayoría de nuestra gente. ¿Pero es religión eso? ¿Es la religión una costumbre, un hábito, una tradición? No hay duda de que la religión es algo que está mucho más allá de todo eso, ¿verdad? La religión implica la búsqueda de la realidad, lo cual nada tiene que ver en absoluto con la creencia organizada, con los templos, dogmas o rituales; no obstante, nuestro pensar, el tejido mismo de nuestro ser, está enredado, atrapado en las creencias, en las supersticiones y demás. Obviamente, el hombre moderno no es religioso; en consecuencia, su sociedad no es una sociedad cuerda, equilibrada. Podemos seguir ciertas doctrinas, venerar ciertas pinturas o crear una nueva religión del Estado, pero es obvio que todas estas cosas no son religión. Dije que la religión es la búsqueda de la realidad, pero esa realidad es desconocida; no es la realidad de los libros, no es la experiencia de otros. Para que podamos encontrar esa realidad, descubrirla, invitarla, lo conocido debe cesar; el significado de todas las tradiciones y creencias debe ser examinado, comprendido y descartado. Para esto no tiene sentido la repetición de rituales. Por lo tanto, es evidente que un hombre religioso no pertenece a ninguna religión, a ninguna organización; no es hindú ni musulmán; no pertenece a ninguna clase social.

Ahora bien, ¿qué es el mundo moderno? El mundo moderno está compuesto de ténica y eficiencia en organizacio-

nes de masas. Hay un avance extraordinario en la tecnología y una distribución inadecuada de las necesidades de las mayorías; los medios de producción se hallan en manos de unos pocos. Las nacionalidades están en conflicto y constantemente se reiteran las guerras a causa de los gobiernos soberanos y demás. Ése es el mundo moderno, ¿no es así? Hay un avance técnico sin un avance equivalente en la psicológico vital, y así se origina un estado de desequilibrio; tenemos logros científicos extraordinarios y, al propio tiempo, desdicha humana, corazones vacíos y mentes desprovistas de significación. Muchas de las técnicas que hemos aprendido tienen que ver con la construcción de aviones para matarnos unos a otros y cosas así. Ése es, entonces, el mundo moderno, y ese mundo es uno mismo. El mundo no es diferente de uno. Nuestro mundo, que somos cada uno de nosotros, es un mundo que ha cultivado el intelecto y ha vaciado el corazón. Si miran dentro de ustedes, verán que son el producto mismo de la civilización moderna. Saben cómo hacer unos cuantos trucos, trucos técnicos, físicos, pero no son seres humanos creativos. Engendran hijos, pero eso no es creativo. Para poder crear uno necesita poseer una extraordinaria riqueza interna, y esa riqueza solamente puede surgir cuando comprendemos la verdad, cuando somos capaces de recibir la verdad.

Así, la religión organizada y el mundo moderno marchan juntos; ambos cultivan el corazón vacío, y ésa es la parte desdichada de nuestra existencia. Somos superficiales, intelectualmente brillantes, capaces de grandes invenciones y de producir los medios más destructivos para liquidarnos unos a otros y para crear más y más división entre los seres humanos. Pero no sabemos qué significa amar; no tenemos una canción en nuestros corazones. Tocamos música, escuchamos la radio, pero el canto está ausente, porque nuestros corazones se hallan vacíos. Hemos creado un mundo absolutamente confuso, desdichado, y nuestras relaciones son ende-

bles, superficiales. Sí, la religión organizada y el mundo moderno marchan juntos, porque ambos nos conducen a la confusión, y esta confusión de la religión organizada y del mundo moderno es el resultado de nosotros mismos. Son nuestras propias expresiones, proyectadas. Por lo tanto, no puede haber transformación en el mundo exterior a menos que haya una transformación muy profunda dentro de cada uno de nosotros; generar esta transformación no es problema de expertos, de especialistas, de líderes o de sacerdotes. Es el problema de cada uno de nosotros. Si lo dejamos en manos de otros, nos volvemos irresponsables; por lo tanto, nuestros corazones quedan vacíos. Un corazón vacío con una mente técnica no es un ser humano creativo, y a causa de que hemos perdido el estado creativo, hemos producido un mundo totalmente desdichado, confuso, desgarrado por las guerras y por las diferencias raciales y de clase. Es responsabilidad nuestra dar origen a una transformación radical dentro de nosotros mismos.

DE «*DE LA OSCURIDAD A LA LUZ*»

¡Escucha!

La Vida es una.
No tiene comienzo ni final.
El origen y el propósito viven en tu corazón.
Estás preso
en la oscuridad de su vasto abismo.

La Vida carece de credos, de creencias,
no pertenece a ninguna nación, a ningún santuario.
No está atada por el nacimiento ni por la muerte.
No es varón ni mujer.
¿Puedes acaso «vestir las aguas»
o «recoger el viento en tus puños»?

Responde, ¡oh, amigo!

Bebe en la fuente de la Vida.
Ven,
te mostraré el camino.
El manto de la Vida cubre todas las cosas.

DEL «*DIARIO II*» DE KRISHNAMURTI, 6 DE ABRIL DE 1975

No es ese extraordinario azul del Mediterráneo; el Pacífico tiene un azul etéreo, especialmente cuando sopla una brisa suave desde el oeste mientras uno conduce el coche hacia el norte por la carretera de la costa. ¡Es un azul tan tierno, tan deslumbrante, puro y pleno de júbilo! En ocasiones, pueden verse las ballenas resoplando en su viaje hacia el norte y, raramente, se divisan sus enormes cabezas cuando se lanzan fuera del agua. Había todo un grupo de ellas resoplando; deben ser animales muy poderosos. Ese día, el mar era un lago silencioso y completamente inmóvil, sin una sola onda. No tenía ese claro azul danzante, estaba dormido y uno lo contemplaba con asombro. La casa tenía vista al mar. [Ésta es la casa donde estuvo hospedado en Malibú.] Es una casa hermosa con un tranquilo jardín, césped verde y flores. Es espaciosa y está iluminada por el sol de California. También las liebres gustaban de ella; venían temprano por la madrugada y al anochecer para comerse las flores: pensamientos recién plantados, caléndulas y pequeñas plantitas en floración. Uno no podía mantenerlas fuera pese a que rodeando todo el jardín había una cerca de alambre, y matarlas hubiera sido un crimen. Pero un gato y una lechuza bodeguera pu-

sieron orden en el jardín; el gato deambulaba por ahí y la lechuza se posaba durante el día entre los corpulentos eucaliptos. Uno podía verla, inmóvil, los ojos cerrados, grande y redonda. Las liebres desaparecieron y el jardín floreció; el Pacífico azul fluía suavemente.

Sólo el hombre trae desorden al universo. Es cruel y extremadamente violento. Dondequiera que se encuentre produce desdicha y confusión en sí mismo y en el mundo que le rodea. Lo devasta y destruye todo; no conoce la compasión. Carece de orden internamente y, por eso, lo que toca se vuelve corrupto y caótico. Su política ha llegado a ser un refinado gangsterismo de poder, de fraude personal o nacional, con un grupo contra otro grupo. Su economía es restringida y, por lo tanto, no es universal. Su sociedad es inmoral, tanto bajo un régimen libre como tiránico. No es religioso, aunque tenga creencias, practique cultos y pase por interminables rituales sin sentido. ¿Por qué se ha vuelto así, cruel, irresponsable y tan completamente egoísta? ¿Por qué? Hay un centenar de explicaciones, y aquellos que lo explican ingeniosamente con palabras que brotan del conocimiento de muchos libros y de experimentos sobre animales están ellos mismos atrapados en la red de la ambición, la arrogancia, la angustia y el dolor humanos. La descripción no es lo descrito, la palabra no es la cosa. ¿Ocurre ello porque el hombre busca las causas en lo externo, en el medio que lo condiciona, esperando que el cambio exterior transforme al hombre interno? ¿Es porque se halla tan apegado a sus sentidos, dominado por sus requerimientos inmediatos? ¿Es debido a que vive tan enteramente en el movimiento del pensar y del conocer? ¿Es porque, siendo tan romántico y sentimental, se vuelve cruel en sus ideales, engaños y pretensiones? ¿O porque siempre es conducido como seguidor o se convierte en líder, en gurú?

Esta división como lo externo y lo interno es el comienzo de su conflicto y su desdicha; el hombre se encuentra preso

en esta contradicción, en esta tradición sempiterna. Atrapado en esta división insensata, está perdido y se convierte en un esclavo de otros. Lo externo y lo interno son imaginación e invención del pensamiento; como el pensamiento es fragmentario, contribuye al desorden y al conflicto, lo cual implica división. El pensamiento no puede producir orden, un fluir sin esfuerzo de la virtud. La virtud no es la continua repetición de la memoria, de la práctica. El conocimiento-pensamiento está atado al tiempo. Por su misma naturaleza y estructura, el pensamiento no puede captar el fluir íntegro de la vida como un movimiento total. El pensamiento-conocimiento no puede penetrar inteligentemente en esta totalidad; no puede percibirla en modo alguno mientras siga siendo el percibidor, el observador externo que mira hacia lo interno. El pensamiento-conocimiento no tiene cabida en la percepción. El pensador es el pensamiento, el percibidor es lo percibido. Sólo entonces hay un movimiento, un fluir sin esfuerzo alguno en nuestra vida cotidiana.

NUEVA DELHI, 28 DE NOVIEMBRE DE 1948

Me parece importante comprender que un conflicto de cualquier clase no produce un pensar creativo. Mientras no comprendamos el conflicto, la naturaleza del conflicto y con qué estamos en conflicto, es completamente inútil el mero luchar con un problema o con un trasfondo o ambiente en particular. Así como todas las guerras crean deterioro y producen inevitablemente más guerras, más desdicha, también la lucha con el conflicto conduce a más confusión. De ese modo, nuestro conflicto interno, al proyectarse externamente, crea confusión en el mundo. Por lo tanto es necesario, ¿verdad?, comprender el conflicto y ver que el conflicto, de cualquier clase que sea, no produce un pensar creativo, no da origen a seres humanos cuerdos, razonables. No obstante, toda nuestra vida se gasta en la lucha, y pensamos que esa lucha es una parte necesaria de la existencia. Hay conflicto con uno mismo y con el medio, siendo el medio la sociedad, la cual, a su vez, es nuestra relación con la gente, con las cosas y con las ideas. Esta lucha se considera inevitable, y pensamos que es esencial para el proceso de la existencia. Y bien, ¿es así? ¿Existe algún modo de vivir que excluya la lucha, en el cual haya una posibilidad de comprensión sin el habitual conflicto? No sé si han advertido que cuanto más luchan con un pro-

blema psicológico, más confusos y enredados quedan, y que sólo cuando hay cesación de la lucha, de todo el proceso del pensamiento, llega la comprensión. Tendremos que investigar, entonces, si el conflicto es esencial y si es beneficioso.

Ahora bien, estamos hablando acerca del conflicto en nosotros mismos y del conflicto con el medio que nos rodea. El medio es lo que uno es en lo interno: uno y el medio no son dos procesos diferentes; uno es el medio y el medio es uno mismo, lo cual es un hecho obvio. Uno nace en un grupo particular de gente, ya sea en la India, en América, Rusia o Inglaterra, y ese mismo medio con sus influencias de clima, tradición, costumbres sociales y religiosas, le crea a uno, y uno es ese medio. Para descubrir si existe algo más que el mero resultado del medio, tenemos que estar libres del medio, libres de su condicionamiento. Eso es obvio, ¿no es así? Si miran con mucha atención dentro de sí mismos, verán que, habiendo nacido en este país, son ustedes climática, social, religiosa y económicamente, el producto o resultado del mismo. O sea, que están condicionados. Para descubrir si hay algo más, algo más grande que el mero resultado de una condición, uno tiene que estar libre de esa condición. Estando condicionado no tiene sentido preguntarse si existe algo más, algo más grande que el mero producto del medio. Obviamente tenemos que estar libres de lo que nos condiciona, del medio, y sólo entonces podremos descubrir si existe algo más. Afirmar que existe o que no existe algo más, es ciertamente una manera errónea de pensar. Uno tiene que descubrir, y para descubrir tiene que experimentar.

* * *

Al considerar, pues, estas cuestiones, por favor, tengamos presente que estamos emprendiendo un viaje juntos a fin de

descubrir cosas juntos; por lo tanto, no existe el riesgo de la relación «discípulo y maestro». Ustedes no están aquí como espectadores para mirarme actuar; uno y otros estamos actuando; por consiguiente, ninguno de nosotros está explotando al otro.

VARANASI, 22 DE NOVIEMBRE DE 1964

Si uno no está en comunión con nada, es un ser humano muerto. Tenemos que estar en comunión con el río, con los pájaros, con los árboles, con la extraordinaria luz del atardecer, con la luz de la mañana sobre el agua; tenemos que estar en comunión con nuestro vecino, con nuestra esposa o nuestro esposo, con nuestros hijos. Por *comunión* entiendo la no interferencia del pasado, de manera que podamos mirarlo todo como si fuera nuevo, como si lo viéramos por vez primera; ése es el único modo de estar en comunión con algo, muriendo a todo lo de ayer. ¿Es posible eso? Uno tiene que descubrirlo, no preguntar: «¿cómo he de hacerlo?», ¡es una pregunta tan tonta! La gente siempre pregunta: «¿cómo tengo que hacer esto?», lo cual demuestra su mentalidad; no han comprendido, lo único que desean es lograr un resultado.

De modo que les pregunto si alguna vez están en contacto con algo, si alguna vez están en contacto consigo mismos; no con el yo superior y el yo inferior y todas las innumerables divisiones que el hombre ha creado para escapar del hecho. Y eso tienen que descubrirlo ustedes, no esperar que alguien les diga cómo llegar a esta acción total. No hay un «cómo», no hay método, no hay sistema; nadie puede decirles cómo hacerlo. Ustedes tienen que trabajar para ello. Lo siento, no quiero usar esa palabra, *trabajar*; a la gente le gus-

ta trabajar, ésa es una de nuestras fantasías: que debemos trabajar para lograr algo. No es así; cuando se hallan en un estado de comunión, no hay un trabajar, eso está ahí, el perfume está ahí, no es necesario trabajar.

Por lo tanto, pregúntense a sí mismos, si me permiten que se lo pida, descubran por ustedes mismos si están en comunión con algo –si están en comunión con un árbol. ¿Alguna vez han estado en comunión con un árbol? ¿Saben lo que significa mirar un árbol sin que ningún pensamiento, ningún recuerdo interfiera en la observación, con lo que sienten, con la sensibilidad y el estado nervioso de atención que experimentan, de modo tal que sólo exista el árbol, no alguien que está mirando el árbol? Probablemente nunca han hecho esto, porque para ustedes el árbol no significa nada. La belleza de un árbol no tiene significación alguna, porque para ustedes la belleza implica sexualidad. Por eso han excluido el árbol, la naturaleza, el río y a la gente. No están en contacto con nada, ni siquiera con ustedes mismos. Están en contacto con sus propias ideas, con sus propias palabras, como seres humanos en contacto con cenizas. ¿Saben qué ocurre cuando están en contacto con cenizas? Están muertos, se han extinguido.

Por consiguiente, lo primero que hay que comprender es que tenemos que descubrir cuál es la acción total que no creará contradicción en ningún nivel de nuestra existencia; descubrir qué es estar en comunión, en comunión con nosotros mismos, no con el yo superior, no con el atman, con Dios y todo eso, sino estar realmente en contacto con nosotros mismos, con nuestra codicia, nuestra envidia, nuestra ambición, nuestra brutalidad, nuestros engaños, y entonces movernos a partir de ahí. Así descubriremos por nosotros mismos –lo descubriremos, no nos lo dirán, lo cual no tiene sentido– que sólo existe una acción total cuando hay un silencio completo de la mente y la acción surge de ese silencio.

Ustedes saben, en cuanto a la mayoría de nosotros, que la mente es ruidosa, está perpetuamente charlando consigo

misma, sumida en soliloquios o parloteos acerca de alguna cosa, tratando de hablarse a sí misma, de convencerse de algo; está siempre moviéndose, haciendo ruido. Y desde ese ruido actuamos. Cualquier acción que nazca del ruido produce más ruido, más confusión. Pero si han observado y aprendido lo que significa comunicarse, la dificultad de la comunicación, la no verbalización de la mente –que es eso lo que se comunica y recibe la comunicación–, entonces, como la vida es un movimiento, al actuar se moverán ustedes naturalmente, libremente, con facilidad y sin esfuerzo alguno, hacia ese estado de comunión. Y en ese estado de comunión –si investigan más a fondo– encontrarán que no sólo están en comunión con la naturaleza, con el mundo, con todo cuanto les rodea, sino también en comunión consigo mismos.

Estar en comunión con uno mismo implica silencio completo, de modo que la mente pueda estar en comunión silenciosa consigo misma acerca de todo. Y desde ahí existe una acción total. Sólo gracias a ese vacío hay una acción total y creativa.

VARANASI, 28 DE NOVIEMBRE DE 1964

Según recientes descubrimientos de los antropólogos, el hombre parece haber estado viviendo en esta tierra durante unos dos millones de años. Ha dejado en cuevas, desde hace alrededor de diecisiete mil años, registros de luchas, combates, del interminable dolor de la existencia: la batalla entre el bien y el mal, entre la brutalidad y aquello que el hombre busca eternamente: el amor. Y, al parecer, el hombre no ha resuelto sus problemas; no problemas matemáticos ni científicos ni de ingeniería, sino los problemas de la relación: cómo vivir pacíficamente en este mundo, cómo estar en íntimo contacto con la naturaleza y ver la belleza de un pájaro o de una rama desnuda.

Descendiendo a los tiempos modernos, nuestros problemas, los problemas humanos, aumentan cada vez más; tratamos de resolver estos problemas de acuerdo con ciertos patrones de moralidad, de conducta y según diversos compromisos que hemos asumido mentalmente. Conforme a nuestros compromisos, a los patrones de conducta, a fórmulas y sanciones religiosas, tratamos de resolver nuestros problemas, nuestras angustias, nuestra desesperación, nuestra inconstancia y las contradicciones de nuestras vidas. Adoptamos cierta actitud como comunistas, socialistas, esto o aquello; y desde esa actitud, desde esa platafor-

ma, por decirlo así, tratamos de resolver nuestros problemas poco a poco, uno tras otro. Esto es lo que hacemos en nuestras vidas.

Uno puede ser un gran científico, pero ese mismo científico, en su laboratorio, es por completo diferente del científico en el hogar; éste es nacionalista, amargo, iracundo, envidioso, compite con sus colegas científicos por un renombre mayor, por una mayor popularidad y por más dinero. No se interesa en absoluto por los problemas humanos; está interesado en el descubrimiento de distintas formas de la materia y en la verdad de todo eso.

Y nosotros, siendo seres humanos corrientes, no expertos, no especialistas en una rama particular del conocimiento, también estamos comprometidos con cierto patrón de conducta, con ciertos conceptos religiosos o con el veneno nacionalista, y desde esa base nos esforzamos por resolver los problemas que aumentan y se multiplican permanentemente.

¿Saben?, el hablar y el leer no terminan nunca. Podemos amontonar palabras sobre palabras, y la expresión verbal, la belleza del lenguaje, la sensatez o falta de lógica de lo que se dice, nos persuade o nos disuade. Pero lo importante no es acumular palabras, escuchar conferencias y discursos, leer, sino resolver el problema –el problema humano, nuestro problema–, no poco a poco, no a medida que surge, no según las circunstancias, las presiones y tensiones de la existencia moderna, sino a partir de una actividad por completo diferente. Están los problemas humanos de la codicia, de la envidia, del carácter embotado de la mente, del corazón dolorido, de la espantosa insensibilidad del hombre, de la brutalidad y la violencia, de la desesperación y la angustia humanas. Y durante los dos millones de años que hemos vivido, hemos tratado de resolver estos problemas valiéndonos de diferentes fórmulas, sistemas y métodos, con diferentes gurúes, con distintas maneras de mirar, de averiguar, de

cuestionar las cosas. No obstante, estamos donde estamos, presas de este interminable proceso de angustia y confusión, de desesperacón infinita.

¿Existe una manera de resolver los problemas enteramente, completamente, de modo que nunca surjan? Y si aun así surgen, ¿podemos abordarlos instantáneamente y resolverlos, disiparlos, eliminarlos? ¿Hay una manera total de vivir donde los problemas no puedan arraigar? ¿Hay un modo de vivir –no el patrón de un modo, de un método, de un sistema, sino un modo total de vivir– en el que no surjan problemas en ningún momento, y si surgen puedan ser resueltos instantáneamente? Una mente que arrastra la carga de los problemas se vuelve torpe, pesada, estúpida. No sé si han observado su propia mente y las mentes de sus esposas, esposos y vecinos. Cuando la mente tiene problemas de cualquier clase, esos mismos problemas –aun los problemas matemáticos, por complejos, arduos, fascinantes, intelectuales que sean– embotan la mente. Entiendo por la palabra *problema* una cuestión difícil, una relación difícil, un punto difícil que permanece sin resolverse y que arrastramos día tras día. Por eso nos preguntamos si existe una manera de vivir, un estado de la mente que, a causa de que comprendemos la totalidad de la existencia, no tiene problemas y que, cuando aun así surge un problema, la mente puede resolverlo inmediatamente. Porque en el momento en que un problema es diferido un solo día, aun un minuto, embota la mente, la torna pesada y la priva de la sensibilidad necesaria para mirar, para observar.

¿Existe una acción total, un estado de la mente que resuelva todo problema apenas surge y que no albergue problema alguno en sí mismo, a ninguna profundidad, ni consciente ni inconsciente? No sé si alguna vez se han planteado esta pregunta. Probablemente no, porque casi todos nosotros estamos tan sumergidos en los problemas cotidianos, tan absorbidos por ellos –ganándonos la subsistencia y respon-

diendo a los requerimientos de una sociedad que psicológicamente construye una estructura de ambición, codicia, afán adquisitivo–, que no tenemos tiempo para inquirir. Esta mañana vamos a investigar esto, y de ustedes depende la profundidad a la que investiguen, el nivel de seriedad con que exijan la investigación y la claridad e intensidad de la observación que realicen.

Al parecer, hemos vivido durante dos millones de años, ¡una idea terrible! Y probablemente, tal como son los seres humanos, viviremos otros dos millones de años atrapados en el dolor de la existencia. ¿Existe una manera, algo que pueda liberar al hombre de esto enteramente, de modo que no viva ni siquiera un segundo en la angustia, que no invente una filosofía que le satisfaga en su angustia, que no tenga una fórmula para aplicar a todos los problemas que surgen, incrementando así esos problemas? ¡Existe! Hay un estado de la mente que puede resolver los problemas inmediatamente; por lo tanto, la mente misma no tiene problema alguno, ni consciente ni inconsciente.

Eso es lo que vamos a investigar. Y aunque quien les habla va a usar palabras penetrando tan lejos como sea posible, ustedes tienen que escuchar y comprender mediante la comunicación de las palabras. Cada uno de ustedes es un ser humano, no un individuo, porque todavía son el mundo, la masa; forman parte de esta terrible estructura de la sociedad. La individualidad sólo existe cuando hay un estado de la mente en el que ésta no tiene problemas, en el que se ha desembarazado por completo de la estructura social de codicia, ambición y espíritu adquisitivo.

Decimos que existe un estado en el que la mente puede vivir sin problema alguno y en el que puede resolver de manera instantánea cualquier problema que se presente. Ustedes tienen que ver lo importante que es no diferir un problema ni un día o un segundo. Porque cuanto más retenemos un problema sin resolverlo, cuanto más terreno le damos donde

pueda echar raíces, más se destruyen la mente, el corazón, la sensibilidad nerviosa. Por lo tanto es imperativo que el problema se resuelva inmediatamente.

¿Es posible –después de haber vivido dos millones de años con los conflictos, la desdicha, el recuerdo de muchos ayeres–, es posible que la mente se libere a sí misma de todo eso a fin de que sea completa, total, no fragmentada? Para averiguar eso tenemos que investigar el tiempo, porque los problemas y el tiempo están estrechamente relacionados.

Vamos, pues, a investigar el tiempo. O sea que, después de haber vivido dos millones de años, ¿tenemos que seguir viviendo otros dos millones de años en el dolor, en la aflicción, en la ansiedad, en la perpetua lucha, en la muerte? ¿Eso es inevitable? La sociedad progresa, evoluciona de ese modo: evoluciona a través de las guerras, de las presiones, de la batalla entre Oriente y Occidente, de las múltiples disputas de la nacionalidad, del Mercado Común, de los bloques que forman este poder y aquel poder. La sociedad avanza, avanza, avanza lentamente, en cierto modo dormida, pero avanza. Pues bien, tal vez en dos millones de años la sociedad llegará a alguna clase de estado en el cual los seres humanos podrán existir sin competir entre sí, con amor, con bondad, con quietud, con un sentido exquisito de la belleza. ¿Pero debe uno esperar dos millones de años para llegar a eso? ¿No debe uno ser impaciente? Estoy empleando la palabra *impaciente* en su sentido correcto: ser impaciente, no tener paciencia con el tiempo. O sea, ¿no podemos resolverlo todo, no en términos de tiempo, sino inmediatamente?

Piensen bien acerca de esto. No digan que es imposible o que es posible. ¿Qué es el tiempo? Está el tiempo cronológico, el tiempo del reloj. Ese tiempo, obviamente, es necesario; cuando vamos a construir un puente tenemos que disponer de tiempo. Pero toda otra forma de tiempo, tal como «yo

seré», «yo haré», «no debo hacerlo», no es auténtica, es tan sólo la invención de una mente que dice: «Yo haré eso». Si no hay un mañana –y no lo hay–, entonces toda nuestra actitud es diferente. Y, de hecho, no existe un tiempo semejante; cuando sentimos hambre o deseo sexual o ansias de lujo, no tenemos tiempo, queremos esa cosa inmediatamente. La comprensión del tiempo es, entonces, la resolución de los problemas.

Por favor, vean la íntima relación que existe entre el problema y el tiempo. Por ejemplo, hay dolor. Ustedes saben qué es el dolor; no el dolor supremo, sino el dolor de sentirse solo, el dolor de no lograr lo que queremos, el dolor de no ver con claridad, el dolor de la frustración, el dolor de haber perdido a alguien a quien amábamos, el dolor de ver algo muy nítidamente desde el punto de vista intelectual y no ser capaces de realizarlo. Y, más allá este dolor, hay un dolor aún más grande: el dolor del tiempo. Porque es el tiempo el que engendra el dolor. Por favor, escuchen esto. Hemos aceptado el tiempo, el cual es el proceso gradual de la vida, la manera gradual de evolucionar, el cambio gradual de esto a aquello, cambiar gradualmente de la ira a un estado exento de ira. Hemos aceptado el proceso gradual de la evolución y decimos que forma parte de la existencia, que es parte de la vida, que es el plan de Dios o el plan comunista o algún otro plan. Hemos aceptado eso y vivimos con eso, no como una idea sino de hecho.

Pues bien, para mí ése es el mayor dolor: permitir que el tiempo dicte el cambio, la mutación. ¿Acaso tengo que esperar diez mil años y más, tengo que pasar por esta desdicha, por este conflicto durante otros diez mil años, y lentamente, gradualmente, cambiar poquito a poquito, tomándome mi tiempo, avanzando muy despacio? Aceptar eso y vivir en ese estado es el más grande de los dolores.

* * *

¿Es posible terminar con ese dolor inmediatamente? Ése es el verdadero quid de la cuestión. Porque una vez que resuelvo el dolor –el dolor en el sentido más profundo de esa palabra–, todo está resuelto. Una mente que está sufriendo jamás puede saber qué significa amar.

* * *

Entonces tengo que aprender acerca del dolor inmediatamente, y el acto mismo de aprender es una cesación completa del tiempo. Se trata de ver algo de manera instantánea, ver de manera instantánea lo falso, y ese mismo ver lo falso es la acción de la verdad que nos libera del tiempo.

Voy a investigar un poco más esta cuestión del ver. Cuando llegamos hace un momento, había un loro: verde, brillante, con su pico rojo, posado sobre una rama seca contra el cielo azul. Jamás lo vemos; estamos demasiado ocupados, demasiado concentrados, agitados, y entonces nunca vemos la belleza de ese pájaro sobre la rama seca contra el cielo azul. El acto de ver es instantáneo, no es «aprenderé a ver». Si uno dice «aprenderé» ya ha introducido el tiempo. De modo que no sólo es instantánea la acción de ver ese pájaro, sino también la de escuchar aquel tren, la de oír la tos, esa tos nerviosa que prosigue aquí todo el tiempo. Y es instantánea la acción de ver claramente, sin el pensador: ver ese pájaro, ver lo que uno es, verlo realmente, no según las teorías acerca del super atman y todo eso, sino ver realmente lo que uno es.

El ver implica una mente sin opiniones, sin fórmulas. Si tenemos una fórmula en nuestra mente, jamás veremos ese pájaro –ese loro en la rama contra el cielo–, jamás veremos su total belleza. Ustedes dirán: «sí, ése es un loro de la especie tal y tal, y la rama seca es de tal y tal árbol, y el azul del cielo es azul a causa de la luz, de las partículas de polvo», pero jamás verán la totalidad de esa cosa extraordinaria. Y percibir la totalidad de esa belleza no es una cuestión de

tiempo. Del mismo modo, para ver la totalidad del dolor, el tiempo no tiene que intervenir en absoluto.

* * *

Por favor, mírenlo de otro modo. Ustedes saben que en realidad carecemos de amor. ¡Es terrible darse cuenta de eso! De hecho, no amamos; tenemos sentimientos, emocionalidad, sensualidad, sexualidad; tenemos recuerdos de algo que hemos considerado como amor. Pero realmente, brutalmente, carecemos de amor. Porque tener amor significa no violencia, no temor, no competencia, no ambición. Si amáramos, jamás diríamos: «ésta es mi familia». Podemos tener una familia y dedicarle lo mejor de nosotros, pero no será «nuestra familia» como opuesta al mundo. Si amamos, si hay amor, hay paz. Si ustedes amaran, educarían a sus hijos para que no fueran nacionalistas, para que no tuvieran solamente un trabajo técnico, para que no se ocuparan tan sólo de sus propios asuntos pequeños e insignificantes. Si ustedes amaran no tendrían nacionalidad, no habría divisiones religiosas. Pero como estas cosas existen realmente –no de manera teórica sino brutal– en este feo mundo, ello demuestra que carecen de amor. Aun el amor de una madre por su hijo no es amor. Si la madre amara de verdad a su hijo, ¿piensan que el mundo sería como es? Ella trataría que el hijo tuviera la alimentación apropiada, la educación correcta, que fuera sensible, que apreciara la belleza, que no fuera ambicioso ni codicioso ni envidioso. De modo que la madre, por mucho que pueda pensar que ama a su hijo, no ama a su hijo.

No tenemos, pues, ese amor.

* * *

Entonces, ¿qué harán ustedes? Si dicen: «por favor, dígame qué debo hacer», pierden el tren del todo. Tienen que ver

la importancia, la inmensidad, la urgencia de esa pregunta, tienen que verla no mañana, no al día siguiente o a la hora siguiente, sino ahora. Y para ver eso, deben tener energía. Así que véanla inmediatamente; la catálisis que convierte el líquido en sólido o lo vaporiza inmediatamente, no tiene lugar si permitimos que intervenga el tiempo, aunque sea un segundo. Toda nuestra existencia, todos nuestros libros, toda nuestra esperanza es mañana, mañana, mañana. Esta admisión del tiempo es el mayor dolor.

De modo que el problema es de ustedes, no de quien les habla; no esperen obtener de él la respuesta. No hay respuesta. Ésa es la belleza de ello. Pueden sentarse con las piernas cruzadas, respirar correctamente o levantarse sobre la cabeza los próximos diez mil años. A menos que se hayan formulado esta pregunta a sí mismos –no superficialmente, no intelectualmente, sino con todo el ser–, vivirán así dos millones de años más. Esos dos millones de años pueden ser tan sólo mañana. De modo que los problemas y el tiempo están íntimamente relacionados. ¿Lo ven ahora?

* * *

Una mente que exige una respuesta a esta pregunta, no sólo tiene que comprender que ella misma es el resultado del tiempo, sino que también tiene que negarse a sí misma de modo tal que pueda hallarse fuera de la estructura del tiempo, fuera de la sociedad. Si ustedes han escuchado, si han escuchado realmente con urgencia, con intensidad, tendrán que llegar a dar con esto, no sólo verbalmente sino de hecho, y verán que ya no están atrapados en las garras del tiempo. La mente, aunque es el resultado de dos millones de años o más, está fuera del tiempo porque ha visto todo el proceso y lo ha comprendido inmediatamente. Hasta aquí puede uno llegar, es bastante obvio. Cuando vemos esto, resulta un juego de niños. Aunque ustedes son personas adultas, en el momento

en que lo ven, dicen: «¿qué he estado haciendo con mi vida?». Entonces la mente ya no sufre engaños ni presiones.

Cuando la mente no tiene problemas ni tensiones ni dirección fija, entonces una mente así tiene espacio; hay un espacio infinito tanto en la mente como en el corazón, y sólo en ese espacio infinito puede tener lugar la creación. A causa de que el amor, la muerte y la creación son la esencia de esta mente, la mente está libre del dolor, libre del tiempo. Por lo tanto, se halla en un estado de amor, y cuando hay amor hay belleza. En ese sentido de belleza, de inmenso e infinito espacio, hay creación. Y más allá todavía –más allá no en términos de tiempo– existe un sentido de vasto movimiento.

Ahora bien, ustedes están escuchando esto, esperando captarlo verbalmente, pero no podrán hacerlo más de lo que podrían captar el amor escuchando una charla sobre el amor. Para comprender el amor tienen que empezar muy cerca, lo cual implica que sea en ustedes mismos. Y cuando comprenden, cuando dan el primer paso –y ese mismo primer paso es también el último paso–, entonces pueden ir muy lejos, mucho más lejos que los cohetes a la Luna, a Venus o a Marte. La totalidad de esto es la mente religiosa.

DE «*COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR*», SEGUNDA SERIE

El avión estaba atestado. Volaba a veintitantos mil pies sobre el Atlántico y debajo había una espesa capa de nubes. El cielo encima de nosotros se veía intensamente azul, el sol quedaba detrás y volábamos directamente hacia el oeste. Los niños habían estado jugando, corriendo de un lado a otro por el pasillo, y ahora, cansados, dormían. Después de una larga noche, todos los demás se hallaban despiertos, fumando y bebiendo. Un hombre sentado enfrente hablaba con otro acerca de sus negocios, y una mujer en el asiento de atrás describía en tono complacido las cosas que había comprado y especulaba sobre los derechos aduaneros que tendría que pagar por ellas. A esa altitud, el vuelo era tranquilo, sin una sola sacudida, pese a que debajo de nosotros había vientos tempestuosos. Las alas del avión se veían brillantes bajo la clara luz del sol y las hélices giraban suavemente, penetrando en el aire a una velocidad fantástica. Teníamos el viento de espalda y volábamos a más de trescientas millas por hora.

Dos hombres al otro lado del pasillo hablaban en voz bastante alta y era difícil no oír lo que decían. Eran corpulentos, y uno de ellos tenía una cara roja y curtida. Explicaba el oficio de matar ballenas, lo peligroso que resultaba, los beneficios que rendía y lo terriblemente encrespados que eran los mares. Algunas ballenas pesaban cientos de tonela-

das. Se suponía que las madres con crías no debían matarse, ni era permitido matar más que cierto número de ballenas dentro de un tiempo estipulado. La matanza de estos prodigiosos y enormes animales había sido resuelta, al parecer, de una manera muy científica, y cada grupo tenía una tarea especial para la que había sido técnicamente adiestrado. El olor del barco factoría era casi insoportable, pero uno llegaba a acostumbrarse a él, como se acostumbra a casi todo. Si todo iba bien, había en ello muchísimo dinero. El hombre empezó a explicar la extraña fascinación del matar, pero en ese momento sirvieron las bebidas y cambió el tema de la conversación.

A los seres humanos les gusta matar, ya sea matarse entre ellos o matar, en lo profundo del bosque, a un inofensivo ciervo de ojos brillantes o a un tigre que ha cobrado su presa de ganado. Atropellan deliberadamente con el automóvil a una serpiente que se halla en el camino; arman una trampa y en ella caen un lobo o un coyote. Personas bien vestidas salen riendo provistas de sus preciosas escopetas y matan pájaros que recientemente estaban llamándose unos a otros. Un muchacho mata con su carabina de aire comprimido a un parlanchín grajo azul, y los mayores que le rodean jamás tienen una palabra de compasión ni le reprenden; por el contrario, elogian su buena puntería. Matar por lo que llaman deporte, matar para comer, matar por el país de uno, matar por la paz... no hay mucha diferencia entre estas cosas. Justificarlas no es la respuesta. Sólo hay una: *no matar*. En Occidente pensamos que los animales existen para bien de nuestros estómagos, para satisfacción de nuestro placer de matar o para nuestros abrigos de piel. En Oriente se ha enseñado durante siglos y todos los padres lo han repetido: no mates, sé piadoso, sé compasivo. Aquí consideran que los animales carecen de alma, de modo que se les puede matar con impunidad; allá consideran que los animales tienen alma, así que los estiman y dejan que sus corazones conozcan el amor. Comer

animales, pájaros, es visto aquí como algo normal, como una cosa natural aprobada por la iglesia y por los anuncios comerciales; allá no lo es, y las personas reflexivas, religiosas, por tradición y cultura no lo hacen. Pero esto también se está acabando rápidamente. Aquí siempre hemos matado en el nombre de Dios y del país, y ahora eso ocurre en todas partes. La matanza se está extendiendo; casi de la noche a la mañana las antiguas culturas son dejadas de lado, y se nutren cuidadosamente y se fortalecen la eficiencia, la crueldad y los medios de destrucción.

La paz no está con el político o el sacerdote, ni con el abogado o el policía. La paz es un estado de la mente, un estado que existe cuando hay amor.

DE *«LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA»*, CAPÍTULO 3

¿Qué relación hay entre uno mismo y la desdicha, la confusión que impera dentro y alrededor de nosotros? Ciertamente, esta confusión, esta desdicha no nació por sí misma. La hemos creado ustedes y yo, no una sociedad capitalista o comunista o fascista, sino que la hemos creado ustedes y yo en nuestra relación de unos con otros. Lo que somos interiormente se ha proyectado a lo externo, al mundo. Lo que somos, lo que pensamos y sentimos, lo que hacemos en nuestra existencia cotidiana, se proyecta exteriormente y eso es lo que constituye el mundo. Si en nuestro interior somos desdichados, confusos, caóticos, el mundo y la sociedad se convierten en la proyección de eso, porque la relación entre ustedes y yo, entre mí mismo y otro, es la sociedad, la sociedad es el producto de nuestra relación; y si nuestra relación es confusa, egocéntrica, estrecha, limitada, nacional, proyectamos eso y traemos caos al mundo.

El mundo es lo que somos nosotros. Por lo tanto, nuestro problema es el problema del mundo. Ése es, sin duda, un hecho simple y básico, ¿no es así?

***

¿Por qué la sociedad se desmorona, se hunde, como ciertamente ocurre? Una de las razones fundamentales es que el

individuo, cada uno de ustedes, ha dejado de ser creativo. Explicaré lo que quiero decir. Ustedes y yo nos hemos convertido en imitadores, copiamos tanto externa como internamente. En lo externo, cuando aprendemos una técnica, cuando nos comunicamos uno con otro en el nivel verbal, es natural que haya alguna imitación, alguna copia. Copio palabras. Para llegar a ser ingeniero, primero debo aprender la técnica, luego empleo la técnica para construir un puente. Tiene que haber cierto grado de imitación, de copia en la técnica externa, pero cuando hay imitación interna, psicológica, es evidente que dejamos de ser creativos. Nuestra educación, nuestra estructura social, nuestra así llamada vida religiosa, se basan todas en la imitación; o sea, que me ajusto a una determinada fórmula social o religiosa. He dejado de ser un verdadero individuo. Psicológicamente me he convertido en una mera máquina repetidora con ciertas respuestas condicionadas, ya sean las del hindú, las del cristiano, las del budista, las del alemán o las del inglés. Nuestras respuestas están condicionadas conforme al patrón de la sociedad, ya sea éste oriental u occidental, religioso o materialista. De modo que una de las causas fundamentales de la desintegración social es la imitación, y uno de los factores desintegrantes es el líder, cuya esencia misma es la imitación.

DE *«LA LIBERACIÓN DEL PASADO»*, CAPÍTULO 11

Hemos estado investigando la naturaleza del amor y hemos llegado a un punto, creo, que necesita mayor penetración, una mayor percepción sensible del problema. Hemos descubierto que para la mayoría de las personas el amor significa bienestar, seguridad, una garantía de continua satisfacción emocional por el resto de sus vidas. Entonces viene alguien como yo y pregunta: «¿es realmente amor eso?», y les pide que miren dentro de sí mismos. Y ustedes tratan de no mirar, porque eso es muy inquietante; prefieren más bien discutir el alma o la situación política o económica. Pero cuando se les arrincona obligándoles a mirar, se dan cuenta de que lo que siempre han considerado como amor no es amor en absoluto, sino una mutua gratificación, una explotación mutua.

Cuando digo: «el amor no tiene ayer ni mañana», o «cuando existe un centro no hay amor», esto tiene realidad para mí, pero no para ustedes. Pueden citarlo o convertirlo en una fórmula, pero eso carece de validez. Tienen que verlo por sí mismos, pero a fin de hacerlo tienen que estar libres para mirar, libres de todo juicio, de toda condenación, de todo acuerdo o desacuerdo.

Ahora bien, mirar es una de las cosas más difíciles en la vida, igual que escuchar; en realidad, mirar y escuchar son

la misma cosa. Si nuestros ojos están cegados por las preocupaciones, no podemos ver la belleza de la puesta del sol. La mayoría de nosotros ha perdido contacto con la naturaleza. La civilización se dirige más y más hacia las grandes ciudades, nos estamos volviendo cada vez más urbanos, vivimos amontonados en apartamentos con muy poco espacio aun para mirar el cielo en los atardeceres y por las mañanas; por lo tanto, estamos perdiendo contacto con una gran parte de la belleza. No sé si han notado qué pocos de nosotros miramos un amanecer, una puesta de sol, la luz de la luna o el reflejo de la luz sobre el agua.

Habiendo perdido el contacto con la naturaleza, tendemos naturalmente a desarrollar capacidades intelectuales. Leemos muchísimos libros, asistimos a innumerables museos y conciertos, miramos la televisión y tenemos muchos otros entretenimientos. Citamos inteminablemente las ideas de otras personas y pensamos y hablamos extensamente acerca del arte. ¿Por qué dependemos tanto del arte? ¿Es una forma de escape, de estimulación? Si estuvieran directamente en contacto con la naturaleza, si observaran el movimiento de un pájaro cuando vuela, si vieran la belleza de cada movimiento del cielo, las sombras de las colinas o la belleza en el rostro de otra persona, ¿piensan que querrían ir a un museo para mirar algún cuadro? Tal vez sea a causa de que no saben cómo mirar todas las cosas que los rodean, por lo que recurren a alguna forma de droga, a fin de estimularse para ver mejor.

Hay una historia acerca de un maestro religioso que acostumbrada hablar todas las mañanas a sus discípulos. Una mañana subió al estrado y estaba a punto de comenzar, cuando un pajarito vino a posarse en el alféizar de la ventana y empezó a cantar; cantó sin cesar y a pleno corazón. Cuando terminó y se fue volando, el maestro dijo: «El sermón de esta mañana ha terminado».

Me parece que una de nuestras mayores dificultades es ver por nosotros mismos con verdadera claridad, no sólo las

cosas exteriores sino nuestra vida interna. Cuando decimos que vemos un árbol o una flor o a una persona, ¿las vemos realmente? ¿O vemos sólo la imagen que la palabra ha creado? O sea: cuando ustedes miran un árbol o una nube en un atardecer pleno de luz y encanto, ¿ven realmente ese árbol, esa nube, los ven no sólo con los ojos o el intelecto sino de manera completa, total?

¿Han probado alguna vez mirar una cosa objetiva como un árbol, sin ninguna de las asociaciones, sin ninguno de los conocimientos que han adquirido acerca de él, sin ningún prejuicio, sin ningún juicio, sin palabras que formen una pantalla entre ustedes y el árbol, pantalla que les impide verlo tal como es verdaderamente? Traten de hacerlo y vean qué es lo que realmente ocurre cuando observan el árbol con todo su ser, con la totalidad de su energía. En esa intensidad encontrarán que no hay observador en absoluto, que sólo hay atención. El observador y lo observado existen cuando hay inatención. Si miran algo con atención completa, no hay espacio para un concepto, una fórmula o un recuento. Es importante comprender esto, porque vamos a examinar algo que requiere una investigación muy cuidadosa.

Sólo una mente que mira un árbol, las estrellas o las centelleantes aguas de un río con una completa entrega de sí misma sabe qué es la belleza; y cuando vemos de verdad, nos hallamos en un estado de amor. Por lo general conocemos la belleza mediante la comparación o por intermedio de lo que el hombre ha producido, lo cual implica que atribuimos la belleza a algún objeto. Veo lo que considero que es un bello edificio y aprecio esa belleza a causa de mi conocimiento de la arquitectura o comparando este edificio con otros que he visto. Pero ahora me pregunto: «¿existe una belleza sin el objeto?». Cuando hay un observador, que es el censor, el experimentador, el pensador, no hay belleza, porque entonces la belleza es algo externo, algo que el observador mira y juzga. Pero cuando no hay observador –y esto

exige muchísima meditación e investigación–, entonces existe la belleza sin el objeto.

La belleza está en el total abandono del observador y lo observado, y ese abandono de uno mismo sólo es posible cuando hay total austeridad, no la austeridad del sacerdote con su dureza, sus sanciones, sus reglas y su obediencia, no la austeridad en las ropas, en las ideas, en la comida y en la conducta, sino la austeridad de la total sencillez, que es completa humildad. Entonces no hay nada que lograr, no hay escalera para subir por ella; sólo existe el primer paso, y el primer paso es el paso para siempre.

Digamos que uno está caminando a solas o con alguien y que ha dejado de hablar. Se halla rodeado por la naturaleza; no ladra ningún perro, no se oye el ruido de ningún automóvil que pase, ni siquiera el aleteo de un pájaro. Uno está completamente callado y la naturaleza que le rodea también está totalmente silenciosa. En ese estado de silencio, tanto en el observador como en lo observado –cuando el observador no traduce en pensamientos lo que observa–, en ese silencio hay una calidad de belleza diferente. No hay naturaleza ni observador. Hay un estado de la mente que es de total, completa soledad; la mente está sola, no aislada, sino quieta, en silencio, y ese silencio, esa quietud, es belleza. Cuando ustedes aman, ¿hay un observador? El observador existe solamente cuando hay deseo y placer. Cuando el deseo y el placer no están relacionados con el amor, entonces el amor es intenso. Igual que la belleza, es algo totalmente nuevo cada día. Como he dicho, no tiene ni ayer ni mañana.

Sólo cuando miramos sin ninguna idea preconcebida, sin ninguna imagen, podemos estar en contacto directo con algo en la vida. Todas nuestras relaciones son en realidad imaginarias, o sea que se basan en una imagen formada por el pensamiento. Si tengo una imagen de otro y el otro tiene una imagen de mí, es obvio que no nos vemos el uno al otro en absoluto tal como somos realmente. Lo que vemos son las

imágenes mutuas que nos hemos formado, las cuales nos impiden estar en contacto, y por eso nuestras relaciones no andan bien.

Cuando digo que le conozco quiero decir que le conocí ayer. No sé lo que usted es hoy. Todo lo que conozco es mi imagen de usted. Esa imagen está formada por lo que usted ha dicho para elogiarme o para insultarme, por lo que usted me ha hecho; está formada por todos los recuerdos que tengo de usted. Y la imagen que usted tiene de mí se ha formado del mismo modo; son esas imágenes las que se relacionan y eso es lo que nos impide comunicarnos realmente el uno con el otro.

Dos personas que han vivido juntas durante un largo tiempo, tienen la una de la otra una imagen que les impide estar realmente relacionadas. Si comprendemos la relación, podemos cooperar, pero la cooperación no puede existir a base de imágenes, de símbolos, de conceptos ideológicos. Sólo cuando comprendemos la verdadera relación entre nosotros, hay una posibilidad de amor, pero negamos el amor cuando tenemos imágenes. Por lo tanto, es esencial comprender, no intelectualmente sino de hecho, cómo en nuestra vida cotidiana hemos elaborado imágenes acerca de nuestra esposa, nuestro marido, nuestro vecino, nuestros hijos, nuestro país, nuestros líderes, nuestros políticos, nuestros dioses; no tenemos otra cosa sino imágenes.

Estas imágenes crean el espacio entre uno mismo y lo que uno observa, y en ese espacio hay conflicto. Vamos a averiguar juntos si es posible estar libres del espacio que creamos no sólo exteriormente sino dentro de nosotros mismos, el espacio que divide a la gente en todas sus relaciones.

Ahora bien, la atención misma que ustedes conceden a un problema es la energía que resuelve ese problema. Cuando le prestan atención completa –quiero decir con todo el ser–, no hay observador en absoluto. Sólo hay un estado de atención que es energía total, y esa energía total es la suprema forma

de inteligencia. Naturalmente, ese estado mental debe ser de completo silencio, y ese silencio, esa quietud, que no es la quietud de la disciplina, adviene cuando hay atención total. Ese silencio total, en el que no existen ni el observador ni lo observado, es la más elevada expresión de la mente religiosa. Pero lo que ocurre en ese estado no puede ser puesto en palabras, porque lo que se expresa en palabras no es el hecho. Para descubrir ese hecho por nosotros mismos, tenemos que experimentarlo.

Cada problema está relacionado con todos los demás problemas, de modo que si podemos resolver por completo un problema –no importa cuál– veremos que somos capaces de afrontar fácilmente todos los otros problemas y de resolverlos. Hablamos, por supuesto, de problemas psicológicos. Ya hemos visto que un problema sólo existe en el tiempo, es decir, cuando afrontamos la cuestión de una manera incompleta. Por lo tanto, no sólo hemos de percibir claramente la naturaleza y estructura del problema y verlo en su totalidad, sino que debemos abordarlo apenas surge y resolverlo en seguida a fin de que no eche raíces en la mente. Si permitimos que un problema perdure un mes o un solo día, aun unos cuantos minutos, el problema generará distorsión en la mente. ¿Es posible, entonces, abordar un problema de manera inmediata, sin distorsión alguna, y estar instantánea y completamente libres de él, sin permitir que subsista un solo recuerdo, un solo rasguño en la mente? Estos recuerdos son las imágenes que llevamos con nosotros a todas partes, y estas imágenes son las que se enfrentan a esta cosa extraordinaria que llamamos vida; por lo tanto, hay una contradicción y, en consecuencia, conflicto. La vida es muy real, no es una abstracción, y cuando la abordamos con imágenes hay problemas.

¿Es posible afrontar cada problema sin este intervalo de espacio-tiempo, sin la brecha entre uno mismo y la cosa que uno tiene? Es posible sólo cuando el observador no tiene conti-

nuidad, el observador que es el constructor de la imagen, el observador que es una colección de recuerdos y de ideas, un manojo de abstracciones.

Cuando uno mira las estrellas, ahí está el «uno» que mira las estrellas en el cielo; el cielo está colmado de brillantes estrellas, el aire es fresco, y ahí está «uno», el observador, el experimentador, el pensador con su corazón dolorido, ahí está uno, el centro, creando espacio. Nunca entenderemos esto del espacio entre uno mismo y las estrellas, entre uno mismo y la esposa, el esposo o el amigo, porque jamás hemos mirado sin la imagen, y por eso no sabemos qué es la belleza, qué es el amor. Hablamos y escribimos al respecto, pero jamás lo hemos conocido excepto, quizás, en raros instantes de total olvido de nosotros mismos. De modo que mientras existe un centro creando espacio a su alrededor, no hay amor. Y cuando amamos, *somos* belleza.

Cuando miramos un rostro que tenemos frente a nosotros, estamos mirando desde un centro, y el centro crea el espacio entre persona y persona; por eso nuestras vidas son tan vacías e insensibles. No es posible cultivar el amor o la belleza, ni inventar la verdad, pero si siempre estamos atentos a lo que hacemos, podemos cultivar la percepción alerta. Y desde esa percepción alerta comenzaremos a ver la naturaleza del placer, del deseo y del dolor, y la completa soledad y el hastío del hombre; entonces comenzaremos a dar con esa cosa llamada «el espacio».

Cuando haya espacio entre nosotros y el objeto que estamos observando, sabremos que no hay amor; y sin amor, por mucho que tratemos de reformar el mundo o de producir un nuevo orden social, por mucho que hablemos de mejoras, sólo crearemos dolor. De modo que ello depende de ustedes. No hay líder, no hay maestro, no hay nadie que les diga lo que deben hacer. Están solos en este mundo demente y brutal.

DE «*CARTAS A LAS ESCUELAS II*», 1 DE NOVIEMBRE DE 1983

Uno está completamente seguro de que los educadores advierten lo que actualmente sucede en el mundo. La gente está dividida en lo racial, en lo religioso, en lo político y económico, y esta división es fragmentación. Se está originando un caos muy grande: guerras, toda clase de engaños en el campo de la política y demás. La violencia se está extendiendo y el hombre lucha contra el hombre. Éste es el estado de confusión que hoy impera en el mundo, en la sociedad en que vivimos, y esta sociedad la crean todos los seres humanos con sus culturas, sus divisiones lingüísticas, sus separaciones regionales. Todo esto engendra no sólo confusión sino odio, muchísimo antagonismo y más diferencias lingüísticas. Esto es lo que está ocurriendo, y la responsabilidad del educador es verdaderamente muy grande.

* * *

¿Qué está haciendo, de hecho, esta educación? ¿Ayuda realmente al hombre o a sus hijos a interesarse más por la vida, por que sean más bondadosos, más generosos, por que no vuelvan al viejo patrón, a la vieja fealdad y perversidad de este mundo? Si el educador está realmente interesado en esto, como debe estarlo, entonces tiene que ayudar al estu-

diante a descubrir su relación con el mundo, no con el mundo de la imaginación o del sentimentalismo romántico, sino con el mundo factual donde ocurren todas las cosas. Y también con el mundo de la naturaleza, con el desierto, con la jungla, con los pocos árboles que lo rodean, con los animales de la tierra. Los animales no son nacionalistas, afortunadamente; cazan sólo para sobrevivir. Si el educador y el estudiante pierden su relación con la naturaleza, con los árboles, con el ondulante mar, cada uno de ellos perderá, ciertamente, su relación con el ser humano.

¿Qué es la naturaleza? Hay muchos discursos e intentos destinados a proteger a la naturaleza, a los animales, a los pájaros, a las ballenas y a los delfines, a limpiar los ríos contaminados, los lagos, los campos verdes, etc. La naturaleza no ha sido creada por el pensamiento, como lo ha sido la religión, la creencia. La naturaleza es el tigre, ese animal extraordinario con su energía, su gran sentido de poder. La naturaleza es el árbol solitario en el campo, son las praderas y los huertos; es esa ardilla que se esconde tímidamente detrás de una rama. La naturaleza es la hormiga y la abeja y todas las cosas animadas de la tierra. La naturaleza es el río, no un río particular como el Ganges, el Támesis o el Mississippí. La naturaleza son todas aquellas montañas revestidas de nieve, con los oscuros valles azules y la cadena de cerros que se encuentran con el mar... Uno debe sentir profundamente todo esto, no destruirlo, no matar por el propio placer.

* * *

La naturaleza forma parte de nuestra vida. Nos originamos en la semilla, en la tierra, y somos parte de todo eso, pero estamos perdiendo rápidamente el sentido de que somos como los demás animales. ¿Pueden tener un sentimiento por ese árbol? Mirarlo y ver su belleza, escuchar el sonido que produce; ser sensibles a la pequeña planta, a la maleza, a esa

enredadera que va ascendiendo por el muro, a la luz sobre las hojas y a las numerosas sombras. Tienen que percibir todo esto y tener un sentimiento de comunión con la naturaleza que les rodea. Puede que uno viva en una ciudad, pero igualmente hay árboles aquí y allá. Una flor en el jardín contiguo puede estar mal cuidada, cubierta de cizaña, pero mirémosla, sintamos que somos parte de todo eso, parte de todas las cosas vivas. Si causamos daño a la naturaleza, nos estamos causando daño a nosotros mismos.

Uno sabe que todo esto se ha dicho antes de diferentes maneras, pero no parece que le prestemos mucha atención. ¿Es que estamos tan atrapados en nuestra propia red de problemas, en nuestros propios deseos, en nuestros propios instintos de placer, en nuestro dolor, que jamás miramos lo que nos rodea, jamás observamos la luna? Obsérvela. Obsérvelo todo con la plenitud de sus ojos y oídos, con su sentido del olfato. Observe. Mire como si estuviera mirando por primera vez. Si puede hacerlo, está viendo por vez primera ese árbol, ese arbusto, esa brizna de hierba. Entonces podemos mirar a nuestro maestro, a nuestros padres, a nuestro hermano y a nuestra hermana como si fuera por primera vez. Hay en ello un sentimiento extraordinario: la maravilla, la extrañeza, el milagro de una mañana que jamás ha sido antes y que jamás será. Esté realmente en comunión con la naturaleza, no verbalmente atrapado en su descripción sino siendo parte de ella; percíbala, sienta que pertenece a todo eso, sea capaz de amarlo, de sentir admiración por un ciervo, por la lagartija sobre el muro, por esa rama rota caída en el suelo. Contemple la estrella vespertina o la luna nueva, mírelas sin la palabra, sin decir meramente «¡qué hermosa es! y luego volverle la espalda atraído por alguna otra cosa; mire esa estrella solitaria y la delicada luna nueva como si las mirara por primera vez. Si existe una comunión así entre usted y la naturaleza, entonces puede comunicarse con el hombre, con el muchacho que se sienta próximo a usted, con su educador o

con sus padres. Hemos perdido todo sentido de la relación; ésta no consiste sólo en declaraciones verbales de afecto e interés mutuo, sino que también es este sentimiento de comunión no verbal; es sentir que todos estamos unidos, que todos somos seres humanos no divididos, no fragmentados, que no pertenecemos a ningún grupo, a ninguna raza en particular, a ningún concepto idealista, sino que somos todos seres humanos, que todos estamos viviendo en esta tierra extraordinaria y bella.

* * *

El educador debe hablar acerca de todas estas cosas, no sólo verbalmente, sino que él mismo debe sentirlas, debe sentir el mundo de la naturaleza y el mundo del hombre. Están relacionados entre sí. El hombre no puede escapar de eso. Cuando destruye la naturaleza se está destruyendo a sí mismo. Cuando mata a otro ser humano se está matando a sí mismo. El enemigo no es el otro sino uno mismo. Vivir en tal armonía con la naturaleza, con el mundo, da origen naturalmente a un mundo distinto.

DE «*CARTAS A LAS ESCUELAS II*», 15 DE NOVIEMBRE DE 1983

Usted aprende muchísimo observando, observando las cosas que lo rodean, observando los pájaros, los árboles, los cielos, las estrellas, la constelación de Orión, la Osa Mayor, el lucero de la tarde. Aprende observando no sólo las cosas que le rodean, sino también a la gente, observando cómo caminan las personas, los gestos que hacen, las palabras que usan, el modo como visten. Usted observa no sólo lo que está fuera sino que también se observa a sí mismo, por qué piensa esto o aquello, cómo se comporta, observa su conducta en la vida cotidiana, la razón de que sus padres quieran que usted haga esto o aquello. Observa, no resiste. Si resiste no aprende. O si llega a alguna clase de conclusión, a alguna opinión que usted considera correcta y se atiene a ella, entonces, es obvio, jamás aprenderá. Para aprender es necesaria la libertad, y también la curiosidad, un sentimiento de querer saber por qué usted u otros se comportan de cierta manera, por qué la gente se enfurece, por qué se enoja usted.

* * *

Sus padres, especialmente en los países orientales, les dicen con quién deben casarse y arreglan el matrimonio, les dicen cuál debe ser la carrera que han de seguir. De ese modo,

el cerebro acepta el camino fácil, y el camino fácil no siempre es el camino correcto. No sé si usted ha notado que nadie ama ya su trabajo, excepto quizás unos pocos científicos, artistas y arqueólogos. Pero al hombre corriente, al hombre promedio, raramente le agrada lo que hace. Está obligado por la sociedad, por sus padres o por el impulso de ganar más dinero. De modo que aprenda observando muy, muy cuidadosamente el mundo exterior, el mundo que está fuera de usted, y el mundo interior, o sea, el mundo que es usted mismo.

DE «*PLÁTICAS EN EUROPA 1968*»

La relación sólo puede existir cuando hay total olvido del sí mismo, del «yo». Cuando el «yo» se halla ausente, entonces uno está relacionado y en esa relación no hay, en absoluto, separación alguna. Probablemente uno no ha experimentado eso, la total negación (no intelectual sino factual), la total cesación del yo. Y puede que eso sea lo que casi todos nosotros estamos buscando, por medio del sexo o de la identificación con algo más grande. Pero, nuevamente, ese proceso de identificación con algo más grande es producto del pensamiento; y el pensamiento es viejo, es siempre viejo; igual que el yo, que el ego, pertenece al ayer. Surge, entonces, la pregunta: ¿Cómo es posible desprenderse completamente de este proceso aislante centrado en el yo? ¿Cómo ha de hacerse esto? ¿Comprenden la pregunta? Si todas mis actividades en la vida cotidiana se basan en el temor, la ansiedad, la desesperación, el dolor, la confusión y la esperanza, ¿cómo es posible que ese yo que se separa a sí mismo de otro mediante la identificación con Dios, con su condicionamiento, con la sociedad, con su actividad social y moral, con el Estado y demás, cómo es posible que ese yo muera, que desaparezca a fin de que el ser humano pueda estar relacionado? Porque si no estamos relacionados, vamos a vivir en guerra unos con otros (aunque puede que no nos matemos mutuamente, porque eso se está volviendo demasiado peligroso, salvo en países muy lejanos). ¿Cómo podemos vivir

de modo que no haya separación, que realmente podamos cooperar?

¡Hay tanto que hacer en el mundo! Erradicar la pobreza, vivir dichosamente, vivir con deleite en vez de hacerlo con angustia y miedo; construir un tipo de sociedad por completo diferente, una moralidad que esté por encima de toda moralidad. Pero esto sólo podrá ocurrir cuando se niege completamente la moralidad de nuestra sociedad actual. Hay tanto que hacer y no puede hacerse si este constante proceso aislador continúa. Hablamos del «yo» y de lo «mío» y lo del «otro»; el «otro» está al otro lado del muro, el «yo» y lo «mío» están de este lado del muro. ¿Cómo, entonces, ha de desprenderse completamente ese núcleo de resistencia que es el yo? Porque ése es realmente el interrogante fundamental en toda relación, cuando uno ve que la relación entre imágenes no es relación en absoluto, y que cuando existe esa clase de relación tiene que haber conflicto, tenemos que estrangularnos unos a otros.

Cuando ustedes se formulen a sí mismos ese interrogante, inevitablemente dirán: «¿acaso tengo que vivir en un estado de vacuidad, de vacío?». No sé si alguna vez han conocido lo que es tener una mente que se halla por completo vacía. Siempre han vivido en el espacio creado por el «yo», el cual es un espacio muy pequeño. Ese espacio que el «yo» –el proceso autoaislador– ha generado entre una persona y otra es todo el espacio que conocemos; es el espacio entre el centro y la circunferencia, es la frontera construida por el pensamiento. En este espacio vivimos y en este espacio hay división. Ustedes dicen: «Si me olvido de mí mismo, si abandono el centro del yo, viviré en un vacío». ¿Pero alguna vez han abandonado realmente, de hecho, el yo, de modo tal que no hubiera yo en absoluto? ¿Alguna vez han vivido en este mundo, han ido a la oficina con ese espíritu, han vivido así con sus esposas, con sus maridos? Si han vivido de ese modo sabrán que hay un estado de relación en el que el yo se halla

ausente, lo cual no es una utopía, no es algo fantaseado ni una experiencia mística y sin sentido, sino algo que puede ser hecho realmente: vivir en una dimensión donde uno está relacionado con todos los seres humanos.

Pero eso sólo puede ser cuando comprendemos qué es el amor. Y para hallarnos en ese estado, para vivir en él, tenemos que comprender el placer del pensamiento y todo su mecanismo. Entonces todos los complicados mecanismos que hemos construido para nosotros y alrededor de nosotros se pueden ver de una sola mirada. Uno no tiene que pasar, punto por punto, por todo este proceso analítico. Todo análisis es fragmentario; por lo tanto, a través de esa puerta no hay respuesta.

Está este inmenso y complejo problema de la existencia con todos sus temores, sus ansiedades, sus esperanzas, su dicha efímera y sus alegrías, pero el análisis no va a resolverlo. La solución está en comprender el problema rápidamente, como una totalidad. ¿Saben?, ustedes comprenden algo sólo cuando lo miran, pero no de manera prolongada con la visión adiestrada para mirar que tiene un artista, un científico o el hombre que ha practicado «cómo mirar». Ustedes ven algo si lo miran con atención completa; ven toda la cosa de un solo vistazo. Y entonces comprobarán que están fuera de ella. Entonces están fuera del tiempo; el tiempo se ha detenido y, por lo tanto, el dolor llega a su fin. Un hombre que está sufriendo, o que siente temor, no está relacionado. ¿Cómo puede estar relacionado un hombre que persigue el poder? Puede tener una familia, dormir con su mujer, pero no está relacionado. Un hombre que está compitiendo con otro no conoce en absoluto lo que es la relación. Y toda nuestra estructura social con su inmoralidad se basa en esto. Estar fundamental, esencialmente relacionado, significa la terminación del yo, el cual engendra separación y dolor.

DE «*PLÁTICAS EN EUROPA 1968*», AMSTERDAM, 22 DE MAYO

Cuando uno observa lo que sucede en el mundo, el caos, la confusión y la brutalidad del hombre hacia el hombre, cosas que ninguna religión, ningún orden social –o tal vez desorden– han sido capaces de impedir, cuando observa las actividades de los políticos, de los economistas, de los reformadores sociales en todo el mundo, ve que han traído más y más confusión, más y más desdicha. Las religiones, es decir, las creencias organizadas, ciertamente no han contribuido en modo alguno a traer orden, ni una profunda y duradera felicidad para el hombre. Tampoco ninguna de las utopías, ya sea la comunista o la de esos grupos comunitarios que han formado comunidades, le ha traído al hombre una profunda y perdurable claridad. Y necesitamos en todo el mundo una revolución tremenda; es indispensable un gran cambio. No nos referimos a una revolución externa, sino a una revolución interna en el nivel psicológico, la cual es, obviamente, la única esperanza, la única salvación –si se me permite usar la palabra– para el hombre. Las ideologías han generado brutalidad, diversos tipos de matanzas, guerras; las ideologías, por nobles que puedan ser, son en realidad muy innobles. Tiene que haber una mutación total en la estructura misma de nuestras células cerebrales, en la propia estructura del pensamiento. Y para producir una mutación así, profunda y

duradera, una revolución, un cambio, necesitamos muchísima energía. Necesitamos un impulso, una intensidad sostenida y constante, no un interés casual o un entusiasmo pasajero que generan cierta cualidad de energía que pronto se disipa... Y ésa es la energía que el hombre ha esperado obtener por medio de la resistencia, de la constante disciplina, de la imitación, de la conformidad... Sin embargo, esa resistencia, esa conformidad, esa disciplina, el mero ajuste a una idea, no le han dado al hombre la energía y la fuerza que necesita. Tenemos que encontrar una acción diferente que pueda dar origen a esta energía tan imprescindible.

En la presente estructura social en nuestra relación entre ser humano y ser humano, cuanto más actuamos menos energía tenemos. Porque esa acción es contradictoria, fragmentaria y, por eso, genera conflicto; en consecuencia, derrocha energía. Uno tiene que encontrar esa energía sostenida, constante, que no se desvanece. Pienso que una acción semejante es la que da origen a esta calidad vital indispensable para que haya una revolución radical y profunda en la mente. Para la mayoría de nosotros, la acción –o sea, el «hacer», el estar activo– tiene lugar conforme a una idea, a una fórmula o a un concepto. Si observan sus propias actividades, su propio movimiento cotidiano en la acción, verán que han formulado una idea o una ideología y que, de acuerdo con eso, actúan. Por consiguiente, hay una división entre la idea de lo que deben hacer, o de lo que deben ser, o de cómo deben actuar, y la acción real; eso pueden verlo muy claramente en sí mismos. De tal modo, la acción es siempre una aproximación a la fórmula, al concepto, al ideal. Y existe una separación, una división entre lo que debería ser y lo que es, lo cual da origen a la dualidad; en consecuencia, hay conflicto.

Por favor, no escuchen meramente una serie de palabras; las palabras nada significan en sí mismas, las palabras jamás han producido un cambio radical en el hombre. Ustedes po-

drán acumular palabras, hacerse una guirnalda con ellas, como hacemos casi todos, podrán vivir a base de palabras, pero éstas no son más que cenizas, no traen belleza a la vida. Las palabras no traen amor. Y si escuchan meramente una serie de ideas o de palabras, entonces me temo que se irán con las manos vacías. Pero si escucharan, no sólo a quien les habla sino sus propios pensamientos, si prestaran atención al modo como viven, si escucharan lo que se está diciendo, no como algo ajeno a ustedes, sino como algo que realmente ocurre dentro de cada uno, entonces verían la realidad –o la falsedad– de lo que se dice. Uno tiene que ver por sí mismo, no por intermedio de alguna otra persona, lo que es verdadero y lo que es falso. Y para descubrir eso tienen que escuchar lo que es verdadero y lo que es falso. Y para descubrir eso tienen que escuchar, tienen que dedicarle cuidado, afecto, atención, lo cual implica ser muy serios; y la vida exige que seamos serios, porque sólo para la mente seria hay vida verdadera, abundancia de vida. Pero no la hay para el curioso, para el intelectual ni para quien cultiva el emocionalismo o el sentimentalismo.

* * *

Necesitamos una tremenda energía para dar origen a un cambio psicológico en nosotros mismos como seres humanos que han vivido demasiado tiempo en un mundo de engaño, en un mundo de brutalidad, violencia, desesperación, ansiedad. Para vivir humanamente, sensatamente, uno tiene que cambiar. Para producir un cambio dentro de cada uno de nosotros y, por ende, dentro de la sociedad, necesitamos esta energía radical, porque el individuo no es diferente de la sociedad: la sociedad es el individuo y el individuo es la sociedad. Y para generar un cambio radical necesario, esencial en la estructura de la sociedad –la cual es corrupta, inmoral–, tiene que haber un cambio en la mente y en el corazón hu-

manos. Para que ese cambio tenga lugar, necesitamos gran energía, y esa energía es negada, corrompida o deformada cuando actuamos conforme a un concepto, que es lo que hacemos en nuestra vida cotidiana. El concepto se basa en la historia pasada o en alguna conclusión, de manera que no es acción en absoluto; es una aproximación a alguna fórmula.

Uno se pregunta, pues, si existe una acción que no se base en una idea o en una conclusión formada por cosas muertas que han sido.

Una acción así existe. Declarar esto no es crear otra idea. Uno tiene que descubrir esa acción por sí mismo, y para descubrirla tiene que comenzar desde el principio de nuestra conducta humana, de la calidad humana de nuestra mente. O sea, jamás estamos solos; podemos estar paseando a solas por un bosque, pero no estamos solos. La mente humana está tan condicionada por la experiencia pasada, por el conocimiento, por la memoria, que no sabe lo que es estar sola. Y uno tiene miedo de estar solo, porque estar solo implica que uno tiene que estar fuera de la sociedad, ¿no es así? Puede vivir en la sociedad, pero tiene que ser un extraño a la sociedad. Y para ser un extraño a la sociedad, uno ha de estar libre de la sociedad. La sociedad nos exige que actuemos conforme a una idea; eso es cuanto toda sociedad conoce, cuanto conocen los seres humanos; amoldarse, imitar, aceptar, obedecer. Y cuando uno acepta los edictos de la tradición y se ajusta al patrón que la sociedad ha establecido (es decir, que han establecido los seres humanos), entonces uno forma parte de toda esta existencia humana condicionada que malgasta su energía a través del esfuerzo y el conflicto constantes, de la confusión, de la desdicha. ¿Es posible para los seres humanos estar libres de esta confusión, de este conflicto?

Esencialmente, este conflicto es entre la acción y lo que la acción debería ser. Y uno observa dentro de sí mismo, tal como debe hacerlo, de qué modo el conflicto drena energía constantemente. Toda la estructura social –que implica ser

competitivos, agresivos, compararnos unos con otros, aceptar una ideología, una creencia y demás– se basa en el conflicto, no sólo en el que experimentamos internamente, sino también en el conflicto externo. Y decimos: «Si no estuviéramos internamente en conflicto, si no nos esforzáramos y lucháramos, nos volveríamos perezosos», lo cual no es el hecho verdadero. No conocemos ninguna otra clase de vida que la que estamos viviendo, la cual es esta lucha constante desde el momento en que nacemos hasta que morimos; eso es todo cuanto conocemos.

Cuando uno observa eso, puede ver el desperdicio de energía que implica. Y ve también que debe zafarse de este desorden social, de esta inmoralidad social, lo cual implica que debe estar solo. Aunque pueda vivir en sociedad, ya no acepta ni su estructura ni sus valores: la brutalidad, la envidia, los celos, el espíritu competitivo; por lo tanto, uno está solo, y cuando uno está solo es un ser humano maduro. La madurez no es cosa de la edad.

En todo el mundo hay rebelión, pero esa rebelión no proviene de comprender toda la estructura social que es cada uno de nosotros. Es una rebelión fragmentaria; o sea, que uno puede rebelarse contra una guerra en particular, o pelear y matar a otro en su guerra favorita, o ser un creyente religioso que pertenece a cierta cultura, a un grupo determinado: católico, protestante, hindú, el que fuere. Sino que rebelarse significa rebelarse contra toda la estructura, no contra un fragmento en particular. Para comprender toda esta estructura debemos primero percatarnos de ella, debemos mirarla, tornarnos conscientes de ella sin preferencia alguna. No podemos escoger una parte de la sociedad y decir: «esto me gusta, aquello no me gusta, esto me satisface y eso otro no me satisface». Entonces estamos amoldándonos meramente a un determinado patrón y resistiendo al otro patrón; en consecuencia, seguimos presos en la lucha. Lo importante, pues, es ver primero el cuadro completo de esta existencia huma-

na, la existencia cotidiana de nuestra vida. Verlo, no como una idea, no como un concepto, sino darnos cuenta realmente de esto como nos damos cuenta cuando tenemos hambre. El hambre no es una idea, no es un concepto, es un hecho. Del mismo modo, cuando vemos esta confusión, esta desdicha, esta lucha constante, interminable, cuando nos damos cuenta sin opción alguna de toda esta cosa, entonces no hay conflicto en absoluto, uno está fuera de la estructura social porque la mente se ha liberado a sí misma de todo el absurdo de la sociedad.

* * *

Ustedes saben, el hombre, o sea cada uno de nosotros dondequiera que viva, desea encontrar un estado de la mente, un estado de existencia que no sea un tormento, una permanente batalla. Estoy seguro de que todos nosotros, por poco o muy intelectuales que seamos, queremos encontrar un estilo de vida ordenado, pleno de gran amor y belleza. Ésa ha sido la búsqueda del hombre durante miles de años. Y en lugar de encontrar eso, le ha atribuido una existencia externa, lo ha puesto ahí fuera, creando dioses, salvadores, sacerdotes con sus ideas, y así ha confundido toda la cosa. Uno debe negar todo eso, negar totalmente la aceptación de que hay un cielo por intermedio de otro o siguiendo a algún otro. Nadie en el mundo o en el cielo puede darles esa vida. Uno tiene que trabajar por ella, perpetuamente.

* * *

Me pregunto qué entendemos por actitud. ¿Por qué queremos una actitud? ¿Qué significa la actitud? Adoptar una posición, llegar a una conclusión. Tengo una actitud con respecto a lo que fuere, lo cual implica que he arribado a una conclusión después de estudiar, de examinar, de planear, de

sondear la cuestión. He llegado a este punto, a esta actitud, y eso significa que la adopción misma de una actitud es resistencia; por lo tanto, intrínsecamente es violencia. No podemos tener una actitud hacia la violencia o la hostilidad. Eso significaría que estamos interpretándolas conforme a nuestra conclusión particular, a nuestra fantasía, imaginación o entendimiento. Preguntamos lo siguiente: ¿Es posible mirar esta hostilidad en uno mismo, esta creación de enemistad dentro de uno, esta violencia, esta brutalidad interna, mirarlas sin ninguna actitud, ver el hecho tal como es? En el momento en que usted tiene una actitud ya está prejuzgando, ha tomado partido; por lo tanto, no mira, no hay dentro de usted una comprensión de ese hecho.

* * *

Mirarse uno mismo sin una actitud, sin ninguna opinión o evaluación, sin juicio alguno, es una de las tareas más arduas que hay. En este mirar hay claridad, y esta claridad, que no es una conclusión ni una actitud, disipa toda esta estructura de brutalidad y hostilidad.

DEL *«ÚLTIMO DIARIO»* DE KRISHNAMURTI, 26 DE ABRIL DE 1983

Uno vio un pájaro morir, herido por un hombre. Estaba volando bellamente con un rítmico batir de alas, con total libertad y falta de temor. Y la escopeta lo destrozó; cayó a tierra y toda la vida había huido de él. Un perro fue a cobrar la presa y el hombre la agregó a otros pájaros muertos. Estaba charlando con su amigo y parecía por completo indiferente. Todo lo que le interesaba era abatir tantos pájaros como fuera posible, y en lo que a él tocaba ya tenía de sobra. Están matándolo todo en el mundo. Esos grandes, maravillosos animales del mar, las ballenas, son muertas por millones. Y el tigre y muchos otros animales se están volviendo especies en peligro de extinción. El hombre es el único animal al que hay que temer.

Hace tiempo, estando alojado con un amigo en lo alto de los cerros, llegó un hombre y le contó al posadero que durante la noche anterior un tigre había matado a una vaca, y nos preguntó si al anochecer nos gustaría ver al tigre. Él podía arreglarlo construyendo una plataforma en un árbol y dejando atada una cabra. El balido de la cabra, del pequeño animal, atraería al tigre y nosotros podríamos verlo. Ambos rehusamos satisfacer tan cruelmente nuestra curiosidad. Pero

más tarde, ese mismo día, el posadero sugirió que tomáramos el automóvil y nos internáramos en el bosque para tratar de ver al tigre. De modo que al anochecer nos acomodamos en un automóvil con las ventanillas abiertas, el cual era conducido por un chófer, y nos internamos profundamente en el bosque varias millas. Desde luego, no vimos nada.

Se estaba poniendo muy oscuro y se encendieron los faros delanteros; cuando dimos la vuelta el tigre estaba allí, sentado justo en medio del camino, aguardando para recibirnos. Era un animal muy grande con una hermosa piel listada, y sus ojos, atrapados por los faros, centelleaban brillantes. Vino rugiendo hacia el automóvil y justo cuando pasó a unas pocas pulgadas de la mano que se extendía hacia él, el posadero advirtió: «No lo toque, es demasiado peligroso, ¡apúrese porque es más rápido que su mano!». Pero uno podía sentir la energía de ese animal, su vitalidad; era una gran dínamo de energía. Y cuando pasó cerca, uno sintió una atracción enorme hacia él. [Krishnamurti hace un relato más completo de este encuentro con el tigre en su *Diario II.*]

Al parecer, el amigo había visto numerosos tigres y muchos años atrás, en su juventud, había ayudado a matar a uno; desde entonces había estado deplorando el terrible acto. La crueldad en todas sus formas se está extendiendo actualmente por el mundo. Es probable que el hombre jamás haya sido tan cruel, tan violento como ahora. Las iglesias y los sacerdotes siempre han hablado de paz en la tierra; desde la más alta jerarquía cristiana hasta el pobre clérigo de aldea han predicado acerca de vivir una vida de bondad, de no lastimar, de no matar cosa alguna. Especialmente los hindúes y los budistas del pasado han dicho: «no mates a la mosca, no mates nada, porque en la próxima vida pagarás por ello». Eso era expresado más bien crudamente, pero algunos de ellos matuvieron este espíritu, esta intención de no matar y de no lastimar a otro ser humano. Pero el matar por medio de las guerras continúa y continúa. El perro mata al conejo muy

rápidamente. El hombre mata a otro con sus maravillosas máquinas, y el que mata es probablemente muerto por otro. Y esta matanza ha estado prosiguiendo milenios y milenios. Algunos tratan eso como un deporte, otros matan a causa del odio, de la ira, de los celos, y está el asesinato organizado por las diversas naciones con sus armamentos. Uno se pregunta si el hombre vivirá alguna vez sobre esta bella tierra sin matar jamás cosa alguna, sin matar a otro ser humano o ser muerto por éste, sino viviendo pacíficamente, con algo de divinidad y amor en su corazón.

En esta parte del mundo que llamamos el Occidente, los cristianos han matado tal vez más que ningún otro. Están siempre hablando de paz en esta tierra. Pero para que haya paz uno tiene que vivir pacíficamente, y eso parece por completo imposible. Hay argumentos a favor y en contra de la guerra; está el argumento de que el hombre siempre ha sido y seguirá siendo un homicida, y están los que sostienen que el hombre puede producir un cambio en sí mismo y no matar más. Ésta es una historia muy vieja. La inacabable carnicería se ha convertido en un hábito, una fórmula aceptada a pesar de todas las religiones.

Uno estaba observando el otro día a un halcón de cola roja que volaba muy alto en los cielos, girando suavemente sin un solo batir de alas, solamente por el regocijo de volar, de sentirse sostenido por las corrientes de aire. Después se le unió otro y estuvieron volando juntos un rato. Eran criaturas maravillosas en ese firmamento azul y dañarlos de cualquier forma es un crimen contra el cielo. Por supuesto que el cielo, el paraíso no existe; el hombre lo ha inventado a causa de la esperanza, porque su vida se ha convertido en un infierno, en un perpetuo conflicto desde que nace hasta que muere, yendo y viniendo de aquí para allá, haciendo dinero, trabajando sin cesar. Esta vida se ha vuelto una confusión, un tormento y una lucha inacabables. Uno se pregunta si el hombre, el ser humano, vivirá alguna vez en paz sobre esta Tierra. El

conflicto ha sido su estilo de vida, tanto interna como externamente, en el área de la psique y en la sociedad que la psique ha creado.

Probablemente el amor ha desaparecido por completo de este mundo. El amor implica generosidad y afecto, no lastimar a otro, no hacer que otro se sienta culpable; implica ser magnánimos, corteses y comportarnos de tal manera que nuestras palabras y nuestros pensamientos nazcan de la compasión. Desde luego que uno no puede ser compasivo si pertenece a instituciones religiosas organizadas, las grandes, poderosas, tradicionales y dogmáticas instituciones que insisten en la fe. Para amar tiene que haber libertad. Ese amor no es placer ni deseo ni el recuerdo de cosas que han pasado. El amor no es lo opuesto de los celos, del odio, de la ira.

Todo esto puede sonar más bien utópico, idealista, algo a lo que el hombre sólo puede aspirar. Pero si eso es lo que pensamos, entonces seguiremos matando. El amor es tan real, tan poderoso como la muerte. No tiene nada que ver con la imaginación, el sentimentalismo o el romanticismo; y, naturalmente, no tiene nada que ver con el poder, la posición, el prestigio. Es tan apacible como las aguas del mar y está tan lleno de poder como el mar; es como las aguas corrientes de un río caudaloso que fluye perpetuamente, sin principio ni fin. Pero el hombre que mata a los cachorros de foca o a las grandes ballenas, sólo se interesa por su propia subsistencia. Él dirá: «Yo vivo de eso, ése es mi oficio». No le interesa en absoluto eso que llamamos amor. Probablemente ama a su familia –o piensa que ama a su familia– y no le preocupa mayormente el modo como se gana la vida. Tal vez sea ésa una de las razones por las que el hombre vive una vida fragmentaria; jamás parece amar lo que hace, salvo, quizás, unos pocos. Si uno viviera del trabajo que ama, eso sería diferente: uno podría comprender la totalidad de la vida. Hemos dividido la vida en fragmentos: el mundo de los negocios, el mundo artístico, el mundo científico, el mundo

político y el mundo religioso. Al parecer, pensamos que están todos separados y que deben matenerse separados. Y así nos volvemos hipócritas, hacemos algo desagradable, corrupto, en el mundo de los negocios y luego llegamos a casa para vivir en paz con nuestra familia; esto engendra hipocresía, un doble patrón de vida.

Es realmente una tierra maravillosa. Aquel pájaro posado sobre el árbol más alto ha estado ahí todas las mañanas, examinando el mundo, vigilando la aparición de un pájaro más grande, un pájaro que podría matarlo, atento a las nubes, a la sombra que pasa, a la vasta extensión de esta tierra tan rica, a estos ríos y bosques, y a todos los hombres que trabajan de la mañana a la noche. Si uno piensa siquiera algo en el mundo psicológico, ve que está lleno de dolor. Y se pregunta si el hombre cambiará alguna vez o si sólo lo harán unos pocos, muy, muy pocos. ¿Cuál es, entonces, la relación de los muchos con los pocos? Los muchos no tienen relación alguna con los pocos. Los pocos sí tienen una relación.

Sentado en esa roca, con un lagarto al lado, mirando hacia abajo en el valle, uno no se atreve a moverse para no perturbar o asustar al lagarto. Y el lagarto también está observando. Y el mundo continúa igual: inventando dioses, siguiendo a las jerarquías de los representantes de los dioses. Y toda la farsa y la vergüenza de las ilusiones probablemente proseguirá y los miles de problemas se volverán cada vez más complejos e intrincados. Sólo la inteligencia del amor y de la compasión puede resolver todos los problemas de la vida. Esa inteligencia es el único instrumento que nunca puede embotarse o inutilizarse.

BROCKWOOD PARK, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1970

Nos damos cuenta de que hay una división en la vida, en mí, en ustedes. Cada uno de nosotros está compuesto de numerosos fragmentos. Uno de los fragmentos es el observador y los demás fragmentos son lo observado. El observador se vuelve consciente de los fragmentos, pero el observador es también uno de los fragmentos, no es diferente de los demás fragmentos. Por lo tanto, tienen que descubrir qué es el observador, el experimentador, el pensador. ¿De qué está compuesta, cómo se origina esta división entre el observador y lo observado? El observador, decimos, es uno de los fragmentos. ¿Por qué se ha separado asumiendo el papel del analizador, de aquél que se da cuenta de las cosas, que controla, cambia, reprime y demás? El observador es el censor... es el resultado de los condicionamientos sociales, ambientales, religiosos y culturales. O sea que las divisiones culturales han afirmado que uno es diferente de la cosa la que observa... Uno es el yo superior y aquél es el yo inferior, uno es el iluminado y aquél es el ignorante. Y bien, ¿quién le ha dado a uno esta autoridad para llamarse a sí mismo iluminado? ¿Es porque se ha convertido en el censor? Y el censor dice: «Esto es correcto, esto es erróneo, esto es bueno, esto es malo, debo hacer esto, no debo hacer aquello», lo cual es el resultado de su condicionamiento, el condicionamiento de la

sociedad, de la cultura, de la religión, de la familia, de toda la raza, etc.

De modo que el observador es el censor, condicionado conforme al medio en que vive. Y él ha asumido la autoridad del analizador. Y los demás fragmentos también están asumiendo, cada uno de ellos, su propia autoridad; en consecuencia, hay una batalla. Y de aquí el conflicto entre el observador y lo observado. Para estar libre de este conflicto, tiene uno que averiguar si puede mirar sin los ojos del censor. Es decir, tiene que ser consciente, darse cuenta de que los ojos del censor son el resultado de su condicionamiento. ¿Y pueden esos ojos mirar espontáneamente, con libertad, con inocencia?

* * *

¿Puede la mente estar libre de todo este condicionamiento?... Estoy condicionado por una cultura que ha existido durante miles de años... ¿Pueden las células cerebrales mismas librarse de todo condicionamiento y no ser más el observador, no ser una entidad que se amolda, una entidad condicionada por el medio, la cultura, la familia, la raza? Si la mente no está libre de condicionamiento, jamás podrá estar libre del conflicto, y la consecuencia de eso es la neurosis... A menos que estemos completamente libres, somos personas desequilibradas. Y a causa de nuestro desequilibrio, ocasionamos toda clase de perjuicios a los demás.

De modo que la madurez consiste en estar libre del condicionamiento. Y esa libertad, obviamente, no es el resultado del observador, quien es el fundamento mismo de todos los recuerdos, de todos los pensamientos. ¿Puedo mirar la nube, el árbol, a mi esposa o marido, a mi amigo, mirarlos sin ninguna imagen? Lo primero es percatarnos de que tenemos una imagen, ¿no es así? Darnos cuenta de que estamos mirando la vida a través de una fórmula, de una imagen, a

través de conceptos, todo lo cual se constituye en factores de distorsión. Y tenemos que darnos cuenta, sin preferencia alguna, de esos factores. Mientras sea el observador el que se dé cuenta de todas estas cosas, habrá distorsión. Entonces, ¿puede uno mirar, puede la mente observar sin el censor? ¿Podemos escuchar sin ninguna interpretación ni comparación ni evaluación, sin juicio alguno, escuchar esa brisa, ese viento, sin que el pasado interfiera en absoluto?

SAANEN, 13 DE JULIO DE 1975

El pensamiento es la respuesta de la memoria como experiencia y conocimiento, de modo que siempre estamos operando en el campo del conocimiento. Y el conocimiento no ha cambiado al hombre. Hemos tenido miles de guerras, millones de seres humanos han sufrido, han llorado, ¡y seguimos igual que antes! El conocimiento de la guerra no nos ha enseñado nada, excepto cómo matar mejor, a una escala más vasta. El conocimiento no ha cambiado al hombre; aceptamos la división, las nacionalidades. Aceptamos esa división aunque inevitablemente engendrará conflicto entre unos y otros. Hemos aceptado la injusticia, la crueldad que el pensamiento ha acarreado por medio del conocimiento. Estamos destruyendo especies animales: cincuenta millones de ballenas han sido eliminadas desde comienzos de este siglo. Todo cuanto el ser humano toca ocasiona destrucción. De modo que el pensamiento, que es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, no ha cambiado al hombre, aunque haya creado un mundo tecnológico extraordinario.

* * *

Cuando la mente se da cuenta de la limitación, de la estrechez y finitud del pensamiento, sólo entonces puede formularse la pregunta: "¿qué es la verdad?". ¿Está claro esto?

Saanen, 13 de julio de 1975

No acepto la verdad que ofrecen los filósofos, ése es el juego de ellos. "Filosofía" significa amor a la verdad, no amor al pensamiento. Por lo tanto, no hay autoridad alguna, ni Platón ni Sócrates ni Buda. Y el cristianismo no ha profundizado mucho en esto. Ha jugado con las palabras y los símbolos, ha hecho una parodia del sufrimiento y demás. De modo que la mente rechaza todo eso.

* * *

Entonces, ¿qué es la verdad?... Uno tiene que trabajar duramente para hacer esto, tiene que entregar a ello su corazón, no aceptar meramente alguna tontería. Ha de tener la capacidad de investigar, no la capacidad que el tiempo cultiva, como el aprendizaje de una técnica, sino esta capacidad que surge cuando uno está verdaderamente, profundamente interesado en descubrir, cuando ello es un asunto de vida o muerte, ¿comprenden?

DEL «*ÚLTIMO DIARIO*» DE KRISHNAMURTI, 25 DE FEBRERO DE 1983

Hay un árbol junto al río y hemos estado observándolo día tras día, durante algunas semanas, cuando el sol está a punto de asomarse. A medida que el sol se levanta lentamente sobre el horizonte, por encima de los árboles, este árbol particular se torna súbitamente de oro. Todas las hojas se ven radiantes de vida, y cuando uno las contempla a medida que pasan las horas, cuando contempla ese árbol cuyo nombre no importa –lo que importa es el árbol en su belleza–, la contemplación parece extender una cualidad extraordinaria sobre toda la tierra, sobre el río. Y cuando el sol asciende un poco más, las hojas comienzan a aletear, a danzar. Y cada hora que pasa parece conferir a ese árbol una cualidad diferente. Antes de salir el sol se ve melancólico, quieto, muy distante y pleno de dignidad. Y al comenzar el día, las hojas cubiertas de luz danzan y le transmiten al árbol un sentimiento peculiar de inmensa belleza. A mediodía, su sombra se ha hecho más profunda y uno puede sentarse ahí protegido del sol, sin sentirse jamás solo teniendo al árbol como compañero. Mientras uno permanece ahí, existe una relación de profunda y perdurable seguridad y una libertad que únicamente los árboles pueden conocer.

Del «Último diario» *de Krishnamurti, 25 de febrero de 1983*

Hacia el anochecer, cuando el cielo occidental se ilumina con el sol poniente, el árbol se torna poco a poco sombrío, oscuro y se cierra sobre sí mismo. El cielo se ha vuelto rojo, amarillo, verde, pero el árbol permanece quieto, oculto, y descansa durante la noche.

Si uno establece una relación con el árbol, está relacionado con la humanidad. Es responsable, entonces, de ese árbol y de los árboles del mundo. Pero si uno no se relaciona con las cosas vivientes de esta tierra puede perder toda relación con la humanidad, con los seres humanos. Nosotros nunca examinamos profundamente la cualidad de un árbol; nunca lo tocamos realmente percibiendo su solidez, su áspera corteza, ni escuchamos el sonido del viento entre las hojas, ni el de la brisa que en la mañana agita el follaje, sino el sonido propio del árbol, el sonido del tronco y el silencioso sonido de las raíces. Uno tiene que ser extraordinariamente sensible para oír el sonido. Este sonido no es el ruido del mundo, ni el ruido del parloteo mental, ni el de la vulgaridad de las disputas y luchas del hombre, sino el sonido como parte del universo.

Es extraño que tengamos tan poca relación con la naturaleza, con los insectos, con la rana saltarina, con el búho que ulula entre los cerros llamando a su pareja. Parece que nunca experimentamos sentimiento alguno por todas las cosas vivientes de la tierra. Si pudiéramos establecer una relación profunda y duradera con la naturaleza, jamás mataríamos a un animal para satisfacer nuestro apetito, jamás haríamos daño a un mono, a un perro, a un conejillo de Indias practicando en ellos la vivisección para nuestro propio beneficio. Encontraríamos otros medios para curar nuestras heridas, nuestros cuerpos. Pero la curación de la mente es algo por completo distinto. Esa curación tiene lugar gradualmente, si uno está con la naturaleza, con esa naranja en el árbol, con la brizna de hierba que empuja a través del cemento, con los cerros cubiertos, ocultos por las nubes.

Esto no es sentimentalismo ni imaginación romántica, sino la realidad de una relación con todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra. El hombre ha matado millones de ballenas y sigue matándolas. Todo lo que obtenemos de esa matanza podríamos obtenerlo por otros medios. Pero, al parecer, el hombre gusta de matar cosas vivientes, mata al ciervo veloz, a la maravillosa gacela y al gran elefante. Nos gusta matarnos unos a otros. Este matar a otros seres humanos jamás ha cesado a lo largo de toda la historia de la vida del hombre sobre esta tierra. Si pudiéramos –y tenemos que hacerlo– establecer una relación profunda y duradera con la naturaleza, con los árboles, los arbustos, las flores, la hierba y las rápidas nubes que corren, entonces jamás mataríamos despiadadamente a otro ser humano, por ninguna razón. La guerra es el asesinato organizado.

BROCKWOOD PARK, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1980

Interlocutor: ¿Cuál es la razón de que en el equilibrio de la naturaleza haya siempre muerte y sufrimiento?

Krishnamurti: ¿Cuál es la razón de que el hombre haya matado cincuenta millones de ballenas? ¡Cincuenta millones!, ¿comprende? Y seguimos matando toda clase de especies: los tigres se están acabando, también los guepardos, los leopardos, matamos a los elefantes por su carne, por sus colmillos; usted sabe todo eso. ¿No es el hombre, acaso, un animal más peligroso que los demás animales? Y usted desea saber por qué en la naturaleza hay muerte y sufrimiento. Ve que un tigre mata a una vaca o a un ciervo. Ése es su modo natural de vida, pero en el momento en que interferimos en él, eso se vuelve verdadera crueldad. Usted habrá visto cómo golpean en la cabeza a los cachorros de foca para matarlos; cuando se levanta una gran protesta contra eso, las organizaciones sindicales dicen que tienen que vivir de ese modo. Usted ya sabe todo esto.

¿Por dónde comenzaremos, pues, para comprender el mundo que nos rodea y nuestro mundo interior? Nuestro mundo interior es tan enormemente complejo, que primero queremos comprender el mundo de la naturaleza... Quizá, si pudiéramos empezar con nosotros mismos, no lastiman-

do a nadie, no siendo nacionalistas, sino teniendo un sentimiento por toda la humanidad, entonces tal vez habría una relación apropiada entre nosotros y la naturaleza. Ahora estamos destruyendo la tierra, el aire, el mar y las cosas vivientes del mar, porque somos el mayor peligro para el mundo con nuestras bombas atómicas... usted sabe, todo ese tipo de cosas.

I: Usted dice que somos el mundo, pero el mundo en su mayoría parece estar dirigiéndose hacia la destrucción en masa. ¿Puede una minoría de personas integradas pesar más que la mayoría?

K: ¿Es usted la minoría? No, no estoy bromeando. No es una pregunta dura. ¿Somos nosotros la minoría? ¿Hay alguno entre ustedes que esté totalmente libre de esto? ¿O estamos contribuyendo en parte al odio que impera entre unos y otros? Psicológicamente puede que seamos incapaces de evitar que Rusia o Norteamérica, Inglaterra o Japón ataquen a algún otro país, pero psicológicamente, ¿estamos libres de la herencia común que es nuestro tribal y glorificado nacionalismo? ¿Estamos libres de violencia?. La violencia existe cuando hay un muro alrededor de cada uno de nosotros. Por favor, comprenda esto. Hemos construido nuestros propios muros, de diez pies de altura o de quince pies de grosor. Todos nosotros estamos rodeados por estos muros. Y de ahí surge la violencia, este sentimiento de inmensa soledad. De modo que usted mismo es la minoría y la mayoría. Si un grupo de nosotros se transformara fundamentalmente en lo psicológico, usted jamás formularía esta pregunta, porque entonces seríamos algo por completo diferente.

I: Si existen una verdad y un orden supremos, ¿por qué permiten que la humanidad se comporte en la Tierra de una manera tan espantosa?

K: Si existe una entidad suprema semejante, tiene que ser muy singular porque, si nos ha creado, entonces somos parte de ella, ¿verdad? Y si es ordenada, cuerda, racional, compasiva, nosotros no seríamos como somos. Uno puede aceptar el proceso evolutivo del hombre, o puede creer que el hombre ha nacido súbitamente, creado por Dios. Y que Dios, esa entidad suprema, es orden, bondad, compasión y demás, todos los atributos que le conferimos. Así que tenemos estas dos opciones: que existe una entidad suprema que ha hecho al hombre conforme a su imagen, o que existe el proceso evolutivo del hombre, al que la vida ha engendrado a partir de pequeñas moléculas, etc., hasta llegar al día de hoy.

Si aceptamos la idea de Dios, la persona suprema en la que existe el orden total, y nosotros somos parte de esa entidad, entonces esa persona suprema debe ser extraordinariamente cruel, ¿no? extraordinariamente intolerante para hacernos actuar del modo como lo hacemos, destruyéndonos unos a otros.

O está la otra posibilidad, la de que el hombre haya hecho el mundo tal como es; de que sean los seres humanos los que han hecho este mundo, el mundo social, el mundo de la relación, el mundo tecnológico, el mundo de la sociedad –que es nuestra relación mutua. Somos nosotros, no Dios o alguna entidad suprema, los que hemos hecho esto. Nosotros somos los responsables de este horror que hemos perpetuado. Y el juego de confiar en que un agente externo va a transformar todo esto, lo hemos jugado por milenios, ¡y seguimos exactamente igual! Quizás un poco cambiados, un poco más tolerantes; pero la tolerancia es algo feo.

MADRÁS, 6 DE ENERO DE 1981

Interlocutor: Usted ha hablado de ponernos contra la sociedad corrupta e inmoral. Para mí es muy importante una aclaración mayor.

Krishnamurti: En primer lugar, ¿está claro para nosotros qué implica la palabra *corrupción*? Existe la corrupción física de la contaminación del aire en las ciudades, en los pueblos industriales. Estamos destruyendo los mares, matamos millones de ballenas y cachorros de foca. Hay contaminación física en el mundo, hay superpoblación. Después está la corrupción política, religiosa y demás. ¿A qué profundidad se halla esta corrupción en el cerebro humano, en la actividad humana? Cuando hablamos de corrupción en el cerebro humano, en la actividad humana, cuando hablamos de corrupción debemos tener muy claro qué es lo que entendemos por esa palabra y en qué nivel nos estamos refiriendo a ella. En todo el mundo hay corrupción. Y, por desgracia, la corrupción es mayor en esta parte del mundo, donde se pasa dinero bajo la mesa, donde hay que sobornar a alguien para comprar una entrada; ya conocen ustedes las estratagemas que tienen lugar en este país. La palabra *corromper* significa dividir, no sólo diversas religiones contra otras comunidades y otros Estados, sino que implica básicamente corrupción del cerebro y del corazón. Debemos, pues, tener muy claro el nivel en el cual estamos hablando acerca de esta corrupción, si es en el nivel fi-

nanciero, en el burocrático, en el político o en el religioso (el cual está dominado por todo tipo de supersticiones, carece por completo de sentido y es sólo un montón de palabras que han perdido todo significado, tanto en el mundo cristiano como en el oriental, con su repetición de rituales y todo lo que usted ya conoce). ¿No es corrupción eso? Por favor, considérelo.

Los ideales, ¿no son una forma de corrupción? Quizá tengan ustedes ideales. Digamos, por ejemplo, la no violencia. Cuando tienen ideales de no violencia y los persiguen, mientras lo hacen son violentos. ¿De acuerdo? ¿No es eso, entonces, la corrupción de un cerebro que descuida la acción necesaria para terminar con la violencia? Creo que está muy claro.

¿Y no es corrupción cuando no hay amor en absoluto, sino tan sólo placer con su sufrimiento? Esta palabra «amor» está muy cargada en todo el mundo y, al hallarse asociada con el sexo, el placer, la ansiedad, los celos, el apego, ¿no implica corrupción? El apego, ¿no es, en sí mismo, corrupción? Cuando uno está apegado a un ideal, a una casa o a una persona, las consecuencias de eso son los celos, la ansiedad, el espíritu posesivo, la dominación.

De modo que la pregunta incumbe fundamentalmente a la sociedad en que vivimos, la cual se basa esencialmente en la relación de unos con otros. Cuando no hay amor sino explotación mutua, un mutuo consolarnos sexualmente y de otras diversas maneras, esa relación debe producir inevitablemente corrupción. ¿Qué hará, pues, al respecto? Ésa es, en realidad, la pregunta: ¿qué hará usted, como ser humano que vive en este mundo, un mundo maravilloso? Observe la belleza de la tierra, perciba la extraordinaria cualidad de un árbol... ¡y estamos destruyendo la tierra tal como nos destruimos a nosotros mismos! ¿Qué harán, pues, todos ustedes como seres humanos que viven aquí? ¿Trataremos, cada uno de nosotros, de no ser corruptos? Creamos la abstracción que

llamamos sociedad. Si nuestra relación de uno con otro es destructiva –una batalla constante, lucha, dolor, desesperación–, entonces crearemos inevitablemente un medio que representará lo que somos. Entonces, ¿qué vamos a hacer con respecto a esto cada uno de nosotros? Esta corrupción, este sentido de absoluta falta de integridad, ¿es una abstracción? ¿Es una idea o es una realidad lo que queremos cambiar? De ustedes depende la respuesta.

I: ¿Existe realmente una cosa como la transformación? ¿Qué es lo que debe ser transformado?

K: Cuando usted observa y ve lo que pasa a su alrededor, la suciedad en las calles, los políticos y el modo como se comportan, cuando ve su propia actitud hacia su esposa, hacia sus hijos y demás, la transformación está ahí. ¿Comprende? La transformación consiste en producir alguna clase de orden en su vida cotidiana, no es alguna cosa extraordinaria y fuera del mundo. O sea que cuando uno no está pensando con claridad y sensatez, objetivamente, racionalmente, tiene que darse cuenta de eso y cambiarlo, terminar con ello. Eso es transformación. Si soy celoso, tengo que observar eso y no darle tiempo para que florezca. Debo cambiarlo inmediatamente. Eso es transformación. Cuando usted es codicioso, violento, ambicioso, ya sea que trate de convertirse en alguna especie de dios, de hombre santo, o que sea ambicioso en los negocios, vea todo el problema de la ambición, cómo está creando un mundo de tremenda crueldad. No sé si es consciente de todo esto. La competencia está destruyendo el mundo, el cual se está volviendo más y más agresivo. Si se da cuenta de eso, lo cambia inmediatamente. Eso es transformación.

I: Usted dice que si un individuo cambia, puede transformar el mundo. Sin embargo, señor, a pesar de su sinceridad, de

su amor, de su claridad y de ese poder que no puede ser descrito, el mundo ha ido de mal en peor. ¿Existe una cosa como el destino?

K: ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el individuo? ¿Qué han hecho los individuos que haya influido en el mundo? Hitler ha influido en el mundo. ¿De acuerdo? Mao Zedong, Stalin, Lenin y Lincoln han ejercido su influencia en el mundo. Una persona mató a millones y millones de sus semejantes. Todos los atizadores de guerras, los generales, han matado, matado y matado. Eso ha afectado al mundo. En los últimos cinco mil años, desde que existen registros históricos, ha habido una guerra por año afectando a millones de personas. Luego tenemos al Buda: él también ha afectado a la mente humana, al cerebro humano en todo el Oriente. Y están aquellos que han distorsionado el cerebro. De modo que cuando preguntamos si el cambio individual produce alguna transformación en la sociedad, creo que es erróneo formular una pregunta semejante.

¿Estamos realmente interesados en la transformación de la sociedad? Si usted lo examina seriamente, ¿ve que estamos de verdad interesados? Esta sociedad en la que vivimos es corrupta, inmoral, se basa en la competencia y la crueldad; usted, aun como un simple ser humano, ¿está profundamente interesado en cambiarla? Si lo está, entonces tiene que investigar qué es la sociedad. ¿Es la sociedad una palabra? ¿Es una realidad o es una abstracción? ¿Comprende? Es una abstracción de la relación humana. La relación humana es lo que constituye la sociedad. ¿Puede usted cambiar eso, esa relación con todas sus complejidades, sus contradicciones y sus odios? Puede hacerlo. Puede dejar de ser cruel y todo lo demás, usted lo sabe. Tal como es su relación, así es el medio en que vive. Si su relación es posesiva, egocéntrica, está usted creando a su alrededor algo que será igualmente destructivo. De modo que el individuo es usted, usted es el res-

to de la humanidad. No sé si se da cuenta de eso. Psicológicamente, internamente, sufre. Está ansioso, se siente solo, compite, trata de ser algo o alguien; y éste es el factor común en todo el mundo. Todos los seres humanos del mundo están haciendo esto; por lo tanto, usted es *realmente* el resto de la humanidad. Si percibe eso y si da origen en usted mismo a un modo diferente de vivir, está afectando toda la conciencia de la humanidad. Es decir, si es realmente serio e investiga profundamente todo esto. Si no lo hace, muy bien, es su responsabilidad.

SAANEN, 29 DE JULIO DE 1981

Interlocutor: ¿Cómo puede la idea de «uno es el mundo y es totalmente responsable del resto de la humanidad", justificarse sobre una base racional, objetiva y sensata?

Krishnamurti: No estoy seguro de que pueda racionalizarse sobre una base sensata y objetiva. ¡Pero lo examinaremos primero antes de decir que no es posible!

En primer lugar, la tierra en la que vivimos es nuestra tierra, ¿de acuerdo? No es la tierra inglesa, alemana, rusa, india o china, es nuestra tierra sobre la cual estamos viviendo. Eso es un hecho. Pero el pensamiento la ha dividido desde el punto de vista racial, geográfico, cultural, económico. Esa división está causando estragos en el mundo; esto es obvio y no puede negarse. Es una afirmación racional, objetiva, sensata. La tierra en la que estamos viviendo es nuestra, pero la hemos dividido por seguridad, por distintas razones ilusorias de carácter político, patriótico, lo cual finalmente conduce a la guerra.

Hemos dicho tambien que toda la conciencia humana es similar. Todos nosotros, cualquiera que sea la parte de la tierra en que estemos viviendo, pasamos por muchísimo sufrimiento, mucha pena, ansiedad, incertidumbre, mucho temor. Y ocasionalmente, o tal vez a menudo, experimentamos placer. Éste es el suelo común sobre el cual estamos todos los seres humanos, ¿no es así? Es un hecho irrefutable. Podemos tra-

tar de esquivarlo, de decir que no es así, que uno es un individuo y todo eso, pero si usted mira el hecho de manera objetiva, no personal, encontrará que la conciencia de cada uno de nosotros es, psicológicamente, como la conciencia de todos los seres humanos. Usted puede ser alto, puede ser hermoso, puede tener cabello castaño; yo puedo ser negro, o blanco, o rosado, o lo que fuere, pero internamente todos lo estamos pasando terriblemente mal. Todos nos sentimos desesperadamente solos. Usted tal vez esté casado, tenga hijos, familia, pero cuando se encuentra a solas tiene ese sentimiento de que no está relacionado con nada. Se siente totalmente aislado. Casi todos hemos experimentado ese sentimiento. Éste es el suelo común a toda la humanidad. Y somos responsables de cualquier cosa que ocurra en el campo de esta conciencia. Es decir, que si soy violento estoy añadiendo violencia a esa conciencia que es común a todos nosotros. Si no soy violento, no la añado, traigo a esa conciencia un factor totalmente nuevo. Por lo tanto, soy profundamente responsable. En otras palabras, o bien contribuyo a esa violencia, a esa confusión, a esa división terrible, o, como reconozco hondamente en mi corazón, en mi sangre, en las profundidades de mi ser, que soy la humanidad, que soy el mundo, que el mundo no está separado de mí, entonces me vuelvo totalmente responable. ¡Obviamente! Esto es racional, objetivo, sensato. Lo otro es insensatez: titularse uno mismo hindú, budista, cristiano y todo lo demás; son solamente rótulos.

Cuando uno tiene ese sentimiento, cuando percibe esa realidad, la verdad de que cada uno de los seres humanos de esta tierra es responsable no sólo de sí mismo, sino de todo lo que está sucediendo, ¿cómo trasladará esa percepción a su vida cotidiana? ¿Tiene usted ese sentimiento? ¿Lo tiene, no como una conclusión intelectual, como una idea y demás? porque en tal caso ello carece de realidad. Pero si la verdad es que usted está sobre el suelo común a toda la humanidad

y se siente totalmente responsable, ¿cuál es, entonces su acción hacia la sociedad, hacia el mundo en el que de hecho está viviendo? El mundo tal como es ahora está lleno de violencia. Supongamos que me doy cuenta de que soy totalmente responsable. ¿Cuál es mi acción? ¿Me uniré a un grupo de terroristas? Obviamente no. Es evidente que la competencia entre las naciones está destruyendo el mundo. Cuando me siento responsable de esto, dejo naturalmente de ser competitivo. Y el mundo religioso, al igual que el mundo económico y el social, se basan en el principio jerárquico. ¿Debo también tener este concepto, este punto de vista jerárquico? Es obvio que no, porque aquél que dice «yo sé», está adoptando una posición de superioridad y tiene un estatus. Si usted desea ese estatus, vaya tras él, pero está contribuyendo a la confusión del mundo.

De modo que hay acciones reales, objetivas, sensatas, cuando usted percibe, cuando comprende en lo más recóndito de su corazón, que es el resto de la humanidad y que todos estamos sobre el mismo suelo.

DE «*DE LA OSCURIDAD A LA LUZ*»

El Canto de la Vida

No ames la rama bien proporcionada,
ni guardes sólo su imagen en tu corazón.
Ella se extingue.

Ama el árbol completo.
Entonces amarás la rama bien proporcionada,
la hoja tierna y la hoja marchita,
el tímido brote y la flor completamente abierta,
el pétalo que cae y la copa que danza,
la sombra espléndida del pleno amor.

Ah, ama la Vida en su plenitud.
Ella no conoce el deterioro.

DEL *«ÚLTIMO DIARIO»* DE KRISHNAMURTI, 6 DE MAYO DE 1983

Sentado en la playa, mientras uno observa a las personas que pasan, dos o tres parejas y una mujer sola, parece que toda la naturaleza, todo lo que a uno lo rodea, desde el profundo mar azul a aquellas altas montañas rocosas, también está observando. Estamos observando, sin aguardar nada, sin esperar que algo ocurra, sino sólo observando sin fin. En esa observación hay un aprender, no la acumulación de conocimientos mediante el aprendizaje que es casi mecánico, sino una observación atenta, nunca superficial sino profunda, viva y afectuosa; entonces no existe ahí un observador. Cuando hay un observador, éste es meramente el pasado que observa, y eso no es un observar sino sólo un recordar; es más bien una cosa muerta. La observación es algo tremendamente vital, un vacío de instante en instante. Esos pequeños cangrejos y esas gaviotas y todos esos pájaros que pasan volando, observan. Están vigilando la presa, al pez, algo para alimentarse; ellos también observan. Pasa alguien muy cerca de uno y desea saber qué estamos observando. Nada, y en esa nada está todo.

El otro día vino a vernos un hombre que había viajado muchísimo, que había visto muchísimo y escrito una que

otra cosa; era un hombre algo viejo, con una barba bien cuidada; se hallaba decentemente vestido, sin el desaliño de la vulgaridad. Cuidaba sus zapatos, sus ropas. Aunque era extranjero hablaba un inglés excelente. Y le dijo al hombre que estaba sentado en la playa observando, que había hablado con muchísima gente, que había discutido con algunos profesores y estudiosos, y que mientras estuvo en la India había conversado con unos cuantos pundits. Y la mayoría de ellos, según dijo, al parecer no se interesaba en la sociedad, no se comprometía a fondo con ninguna reforma social ni con la presente crisis bélica. A él sí le interesaba profundamente la sociedad en la que estábamos viviendo, aunque no era un reformador social. No estaba muy seguro de que la sociedad pudiera cambiar, de que uno pudiera hacer algo al respecto. Pero veía lo que la sociedad era: la inmensa corrupción, el absurdo de los políticos, la mezquindad, la vanidad y la brutalidad que se difunden por todas partes del mundo.

Dijo: «¿qué podemos hacer con respecto a esta sociedad? No pequeñas reformas insignificantes aquí y allá, cambiar un presidente por otro, o un primer ministro por otro, son todos más o menos de la misma progenie, no pueden hacer mucho porque representan la mediocridad, o tal vez menos aún que eso: la vulgaridad; desean alardear, jamás harán nada. Producirán reformas mínimas aquí y allá, pero la sociedad proseguirá su curso a pesar de ellas». Él había observado las diversas sociedades y culturas y había advertido que no son muy diferentes en lo fundamental. Parecía ser un hombre muy serio que sabía sonreír, y habló acerca de la belleza de este país, de su vastedad, de su diversidad desde los desiertos ardientes al esplendor de las montañas Rocosas. Uno lo escuchaba como podría escuchar y contemplar el mar.

No es posible cambiar la sociedad a menos que cambie el hombre. El hombre –uno mismo y los demás– ha creado estas sociedades a lo largo generaciones y generaciones; todos hemos creado estas sociedades desde nuestra mezquindad,

desde nuestra codicia, nuestra envidia, nuestra brutalidad, nuestra estrechez de miras, nuestra competencia, nuestra violencia y demás. Somos los responsables de la mediocridad, de la estupidez, de la vulgaridad, de toda la insensatez tribal y del sectarismo religioso. A menos que cada uno de nosotros cambie radicalmente, la sociedad jamás cambiará. Está ahí, la hemos hecho nosotros y después ella nos hace ser lo que somos. Nos moldea tal como la hemos moldeado. Nos encaja en un patrón y el patrón la introduce en una estructura; esa estructura es la sociedad.

Y así es como esta acción prosigue interminablemente, como el mar con la marea que se aleja y después regresa, y a veces muy, muy lentamente, y otras rápidamente, peligrosamente. Va y viene: acción, reacción, acción. Tal parece ser la naturaleza de este movimiento, a menos que dentro de nosotros exista un orden profundo. Ese orden mismo producirá orden en la sociedad, no mediante la legislación, los gobiernos y todo eso, aunque mientras haya desorden y confusión, proseguirán la autoridad y las leyes que son creadas por nuestro propio desorden. La ley es una hechura del hombre, un producto del hombre, tal como lo es la sociedad.

De modo que lo interno, la psique, crea lo externo conforme a su limitación; y lo externo controla entonces lo interno y lo moldea. Los comunistas han pensado, y probablemente siguen pensándolo, que controlando lo externo, elaborando ciertas leyes, regulaciones, instituciones, ciertas formas de tiranía, pueden cambiar al hombre. Pero hasta ahora no han conseguido su propósito y jamás lo conseguirán. Ésta es, asimismo, la actividad de los socialistas. Los capitalistas lo hacen de un modo diferente, pero es la misma cosa. Lo interno domina siempre lo externo, porque lo interno es más fuerte, mucho más vital que lo externo.

¿Puede este movimiento detenerse alguna vez? Lo interno que crea el medio psicológico externo, y lo externo, las leyes, las instituciones, las organizaciones que tratan de mol-

dear al hombre, de moldear su cerebro para que actúe en cierta dirección; y el cerebro, lo interno, la psique, que se modifica entonces eludiendo lo externo. Este movimiento ha proseguido durante todo el tiempo que el hombre ha estado sobre esta tierra, ha proseguido crudamente, superficialmente, a veces brillantemente: siempre lo interno dominando a lo externo, como el mar con sus mareas que van y vienen. Uno debería preguntarse si este movimiento puede detenerse realmente alguna vez, este movimiento de acción y reacción, de odio y más odio, de violencia y más violencia. El movimiento cesa cuando sólo existe el observar, un observar sin motivo, sin reacción ni dirección alguna.

La dirección aparece cuando hay acumulación. Pero la observación, en la que hay atención, percepción directa y un gran sentido de compasión, tiene su propia inteligencia. Esta observación y la inteligencia actúan. Y esa acción no es un flujo y reflujo. Pero esto exige un gran estado de alerta, requiere que las cosas se vean sin la palabra, sin el nombre, sin reacción alguna; en ese observar hay una gran vitalidad, una gran pasión.

MADRÁS, 27 DE DICIEMBRE DE 1981

Hemos estado hablando acerca del conflicto, y nos preguntamos si todos los seres humanos que han vivido sobre esta tierra con sus inmensos tesoros, han estado perpetuamente en conflicto. No sólo exteriormente, con el medio, con la naturaleza, sino unos con otros e internamente, en la así llamada vida espiritual, hemos vivido en un constante conflicto desde el instante en que nacemos hasta que morimos. Y soportamos eso; nos hemos acostumbrado al conflicto y lo toleramos. Encontramos numerosas razones por las cuales debemos vivir en conflicto. Pensamos que la lucha y el esfuerzo permanentes implican progreso, progreso externo o logro interno hacia la meta suprema.

Este bello país, la India, es un país de hermosos cerros, montañas maravillosas, ríos formidables. Pero después de miles de años de sufrir, luchar, obedecer, aceptar, destruirnos unos a otros, lo hemos reducido a esto: a un desierto de seres humanos violentamente irreflexivos, a quienes no les importa la tierra ni las cosas bellas de la tierra, la belleza de un lago, de la rápida corriente de un río. A ninguno de nosotros parece importarle. Todo lo que nos interesa son nuestros propios problemas insignificantes. Uno siente deseos de llorar al ver lo que estamos haciendo con este país y lo que están haciendo con otros países.

La vida se ha vuelto extraordinariamente peligrosa, insegura, carente en absoluto de significación. Podemos inventarle una gran cantidad de significados, pero nuestra actual vida cotidiana ha perdido toda significación excepto la de ganar dinero, ser alguien, ser poderoso, etc.

Y no hay político, ya sea de la derecha, de la izquierda o del centro, que vaya a resolver ninguno de nuestros problemas. A los políticos no les interesa resolver problemas. Sólo se interesan por sí mismos y conservar su posición. Y los gurúes y las religiones también han traicionado al hombre. Ustedes han seguido los *Upanishads*, los *Brahmasutras* y el *Bhagavad Gita*, y el juego de los gurúes es leerlos en voz alta a un auditorio que se supone lúcido, inteligente. De modo que no podemos confiar en los políticos, o sea, en el gobierno, ni en las Escrituras ni en gurú alguno, porque han hecho del país lo que ahora es. Si buscamos nuevos liderazgos, éstos también nos llevarán por mal camino. Y como nadie puede ayudarnos, tenemos que ser total, completamente responsables de nuestra conducta, nuestro comportamiento y nuestras acciones.

* * *

Este país siempre ha hablado acerca de la no violencia. Ha sido predicada una y otra vez políticamente, religiosamente por distintos líderes, pero la no violencia no es un hecho, es sólo una idea, una teoría, una serie de palabras. El hecho real es que somos violentos. Eso es «lo que es». Y, a causa de que somos incapaces de comprender «lo que es», creamos ese desatino llamado «no violencia», el cual se convierte en un conflicto entre «lo que es» y «lo que debería ser». Y mientras perseguimos la no violencia, estamos sembrando todo el tiempo las semillas de la violencia. También esto es muy obvio. ¿Podemos, entonces, mirar juntos «lo que es», mirarlo sin ningún tipo de escapes, de ideales, sin repri-

mirlo ni alejarnos de ello? Hemos heredado la violencia del animal, del simio y demás. La violencia adopta muchas formas, no solamente la de la acción brutal; es una cuestión muy complicada. La violencia es imitación, conformidad, obediencia; implica violencia pretender ser lo que no se es; ésa es una forma de violencia. Por favor, vean la lógica de todo esto. No estamos haciendo meras declaraciones para que ustedes las acepten o las rechacen. Estamos recorriendo juntos un sendero en el bosque, un hermoso bosque, investigando juntos la violencia, como dos amigos que conversan el uno con el otro sin tratar de persuadirse, sin sentimiento alguno de buscar la resolución del problema. Conversamos el uno con el otro, observamos juntos. Estamos recorriendo el mismo sendero, que no es el sendero de ustedes ni mi sendero, sino el sendero de la investigación de estos problemas.

* * *

Tenemos pues, que aprender juntos cómo observar. Ustedes no son seguidores de quien les habla, ni él es el gurú de ustedes, ¡gracias a Dios! En esta investigación no hay nadie superior ni inferior. No hay autoridad. Cuando nuestra mente está mutilada por la autoridad, resulta muy difícil mirar la violencia. Es importante, pues, comprender cómo observar lo que está sucediendo en el mundo: la desdicha, la confusión, la hipocresía, la falta de integridad, las acciones brutales que tienen lugar, los terroristas, las personas que toman rehenes, ¡y los gurúes que tienen sus propios campos de concentración particulares! Todo eso es violencia. ¿Cómo puede alguien decir: «yo sé, síganme»? Es una afirmación escandalosa. Estamos, pues observando juntos lo que es la violencia y nos preguntamos: ¿qué significa observar? ¿Qué significa observar el medio que nos rodea: los árboles, aquel estanque en el rincón, las estrellas, la luna nueva, la solitaria Venus, la estrella vespertina, la gloria de una puesta de sol?

¿Cómo observan ustedes eso? No pueden mirar, observar, si están ocupados consigo mismos, con sus propios problemas, con sus ideas y su complejo pensar. ¿De acuerdo? No pueden observar si tienen prejuicios o si existe alguna clase de conclusión o una experiencia particular a la cual se aferran. Entonces, ¿cómo observan esta cosa maravillosa llamada árbol? ¿Cómo lo miran ahora, mientras están sentados ahí, rodeados por estos árboles? ¿Han visto sus hojas agitadas por el viento, la belleza de la luz sobre el follaje? ¿Alguna vez lo han observado? ¿Pueden, entonces, observar un árbol, o la luna nueva, o la estrella solitaria en los cielos, pueden observarlos sin la palabra? Porque la palabra no es la estrella real, la luna real. ¿Pueden desechar la palabra y mirar?

¿Puede usted mirar, sin la palabra, a su esposa? Mirarla sin todos los recuerdos de la relación entre ambos, por íntima que haya sido, mirarla sin toda esa memoria que ha elaborado al respecto ¿Podemos mirar a nuestra esposa, a nuestro marido, sin memoria del pasado? ¿Alguna vez lo han hecho? Por favor, aprendamos juntos a observar una flor. Si saben cómo mirar una flor, eso contiene la eternidad. ¡No se dejen arrebatar por mis palabras! Si saben cómo mirar una estrella, un bosque espeso, entonces en esa observación hay espacio, eternidad. Tenemos que descubrir juntos cómo observar a nuestra esposa, a nuestro marido, sin la imagen que hemos creado de ella o de él. Hemos de empezar muy cerca, a fin de llegar muy lejos. Si queremos escalar la montaña o ir a la aldea próxima, los primeros pasos son los que importan: la manera como caminamos, la gracia, la soltura, la felicidad con que lo hacemos. Decimos, pues, que para llegar muy, muy lejos –a la eternidad–, tenemos que empezar muy cerca, o sea con la relación que sostenemos con nuestra pareja. ¿Pueden observar a su familia con ojos claros, sin las palabras «mi esposa», «mi marido», «mi sobrino» o «mi hijo»? Observar sin la palabra, sin todas las heridas acumuladas y el recuerdo de las cosas del pasado. Háganlo ahora. Observen. Cuando uno

es capaz de observar sin el pasado, es decir, sin todas las imágenes que han construido de sí mismo y de los demás, entonces hay una verdadera relación.

* * *

Cuando ustedes vivan todos los días con «lo que es» y observen «lo que es», no sólo ahí fuera sino internamente, entonces crearán una sociedad sin conflictos.

BOMBAY, 24 DE ENERO DE 1982

Vamos a considerar juntos la relación entre un ser humano y la naturaleza, que es la relación entre uno mismo y el medio. El medio no es sólo la ciudad, el pueblo o la aldea en que vivimos, sino también el medio representado por la naturaleza. La naturaleza son las praderas, los huertos, los ríos, los árboles, toda la tierra maravillosa y su belleza. Si no tenemos relación con eso, no estaremos relacionados entre nosotros. Porque el pensamiento no ha creado a la naturaleza, el pensamiento no ha hecho al tigre, ni ha hecho las aguas que en el anochecer reflejan las estrellas. El pensamiento no ha creado las inmensas montañas coronadas de nieve que se recortan contra el cielo azul, no ha creado el crepúsculo ni la luna, tan solitaria cuando no la acompaña ninguna otra estrella. De modo que el pensamiento no ha creado la naturaleza.

La naturaleza es una realidad. Lo que hemos creado entre nosotros los seres humanos también es una realidad, pero una realidad en la que hay conflicto, lucha, una realidad en la que cada cual está tratando de llegar a ser algo, tanto física como internamente y, si se me permite usar esa palabra, espiritualmente. Cuando uno está tratando de llegar a ser, tratando de lograr algún estatus político o religioso, entonces no tiene relación ni con otro ser humano ni con la naturaleza. Muchos de ustedes viven en ciudades atestadas, con todo el ruido y la suciedad que hay en el medio que los rodea.

Bombay, 24 de enero de 1982

Probablemente no se han encontrado a menudo con la naturaleza. Pero ahí está este mar maravilloso, y no tienen ninguna relación con él. Lo miran, tal vez nadan ahí, pero no hay comunicación entre ese prodigioso movimiento del mar y ustedes, no perciben su enorme vitalidad y energía, la belleza de una ola rompiendo en la playa. Y si no tienen relación con eso, ¿cómo pueden tener una relación con otro ser humano? Si no perciben el mar, la cualidad del agua, la gran vitalidad de la marea que sale y entra, ¿cómo pueden ser perceptivos o sensibles a la relación humana? Por favor, es muy importante que esto se comprenda, porque la belleza, si se me permite hablar de ella, no se encuentra meramente en la forma física, sino que la belleza es, en esencia, esa categoría de sensibilidad, esa cualidad de observación de la naturaleza.

OJAI, 1 DE MAYO DE 1982

La crisis no está fuera, en la economía, en la guerra, en la bomba, en los políticos o los científicos, sino que la crisis está dentro de nosotros, está en nuestra conciencia. Hasta que comprendamos bien a fondo la naturaleza de esa conciencia e investiguemos, ahondemos profundamente en ella descubriendo por nosotros mismos si en esa conciencia puede haber una mutación total, el mundo seguirá creando más desdicha, más confusión, más horror. De modo que nuestra responsabilidad no radica en alguna forma de acción altruista de tipo económico o político, sino en comprender la naturaleza de nuestro ser, comprender por qué los seres humanos que han vivido en esta bella y exquisita tierra han llegado a ser lo que son.

Entonces, si están dispuestos, si sienten que es responsabilidad de ustedes, podemos percibir juntos la naturaleza de nuestra conciencia, la naturaleza de nuestro ser. Esto no es una conferencia; ustedes y quien les habla estamos tratando, juntos, no separadamente, de observar el movimiento de esta conciencia y su relación con el mundo, de ver si esa conciencia es individual, si está separada o si pertenece a toda la humanidad. Desde la infancia se nos educa para ser individuos con almas separadas (si es que ustedes creen en esa clase de cosas). Cada uno de ustedes ha sido adiestrado, educado, condicionado para pensar como un individuo. Creemos que por tener nombres separados, formas separadas –moreno, blanco, alto, bajo, rubio, negro, etc.– y nuestras particulares tenden-

cias y experiencias, somos individuos separados. Ahora vamos a cuestionar esa idea misma: ¿Somos individuos?

Eso no quiere decir que seamos una especie de seres amorfos, ¿pero somos realmente individuos? Todo el mundo sostiene, tanto desde el punto de vista religioso como de otros modos, que somos individuos separados. Y a causa de ese concepto, quizá de esa ilusión, cada uno de nosotros trata de realizarse, de llegar a ser alguna cosa, compite con otros, pelea con otros. Por lo tanto, si sostenemos ese estilo de vida, debemos inevitablemente aferrarnos a las nacionalidades, al sentimiento tribal, a la guerra. ¿Por qué nos apegamos al nacionalismo y a la pasión que hay tras de él, como hoy está sucediendo? ¿Por qué concedemos una importancia tan extraordinaria al nacionalismo, el cual es, en esencia, el espíritu tribal? ¿Por qué? ¿Es porque en el hecho de apegarnos a la tribu, al grupo, hay cierta seguridad, no sólo física sino psicológica, una sensación interna de integridad, de plenitud? Si es así, entonces la otra tribu también siente lo mismo; en consecuencia, hay división, y de ahí, la guerra, el conflicto.

Si uno ve la verdad de esto, no teóricamente sino de hecho, y si desea vivir en esta tierra, que es nuestra tierra, no de ustedes o mía, ni americana, rusa o hindú, entonces no hay nacionalismo en absoluto. Sólo hay existencia humana, una vida que no es propiedad de nadie y que ha de ser vivida como una totalidad. Pero esta tradición de la individualidad ha sido perpetuada por las religiones, tanto en Oriente como en Occidente.

Ahora bien, ¿es así esto de la individualidad? ¿Saben? es muy bueno dudar, es muy bueno tener una mente que cuestiona, que no acepta, una mente que dice: No podemos vivir más así, de esta manera violenta, brutal. De modo que el cuestionar, el dudar tiene una importancia extraordinaria; no aceptar meramente el estilo de vida que hemos vivido, digamos, durante treinta años, o el modo como el hombre ha vivido un millón de años. Estamos, pues, cuestionando si la individualidad es algo real.

Ser consciente significa darse cuenta, conocer, percibir, observar. El contenido de la conciencia es nuestro placer, nuestra creencia, nuestra experiencia, el conocimiento particular que hemos acumulado, ya sea debido a lo experimentado externamente, o a causa de nuestros temores y apegos, de nuestra aflicción, de la angustia de la soledad, del dolor, de la búsqueda de algo más que la mera existencia física; todo eso es nuestra conciencia con su contenido. El contenido constituye la conciencia. Sin el contenido no existe la conciencia tal como la conocemos. Esa conciencia, que es muy compleja, contradictoria, que tiene una vitalidad extraordinaria, ¿es «mía»? El pensamiento, ¿es «mío»? ¿O sólo existe el pensar, el cual no pertenece a Oriente ni a Occidente? Sólo existe el pensar, que es común a toda la humanidad, que es tanto del rico como del pobre. Los técnicos con su capacidad extraordinaria, o los monjes que se retiran del mundo y se consagran a una idea, piensan igual.

¿Es común a toda la humanidad esta conciencia? Dondequiera que uno vaya, ve sufrimiento, pena, ansiedad, soledad, locura, miedo, el impulso del deseo. Esto es común, es el suelo sobre el que se asientan todos los seres humanos. Mi conciencia es la conciencia de la humanidad, del resto de la humanidad. Si uno comprende la naturaleza de esto, que cada uno de nosotros es el resto de la humanidad aunque podamos tener nombres diferentes, vivir en diferentes partes del mundo, haber sido educados de maneras diferentes, ser muy ricos o muy pobres, si uno comprende esto, ve que cuando mira detrás de la máscara, es igual al resto de la humanidad: es neurótico, está dolorido, sufre de soledad y desesperación, cree en alguna ilusión, etc. Ya sea que uno vaya a Oriente o a Occidente, esto es así. Podrá no gustarles, podrá agradarles pensar que son por completo independientes, libres, que son individuos. Pero cuando observan muy profundamente, ven que son el resto de la humanidad.

MADRÁS, 26 DE DICIEMBRE DE 1982

Muchos volúmenes se han escrito acerca del mundo exterior a nosotros –el medio, la sociedad, la política, la economía y demás–, pero muy pocas personas han llegado al extremo de descubrir lo que somos realmente, la razón de que los seres humanos se comporten como lo hacen, matándose unos a otros, siguiendo a alguna autoridad, que puede ser un libro, una persona o algún ideal, sin tener una verdadera relación con sus amigos, sus esposas, sus maridos y sus hijos. ¿Por qué los seres humanos se han vuelto tan vulgares, tan brutales, tan absolutamente faltos de afecto por lo demás y negando todo el proceso de lo que se considera que es amor?

Y el hombre ha vivido con guerras miles de años. Estamos tratando de evitar la guerra nuclear, pero jamás terminaremos con las guerras. Éstas continúan en la gente que es explotada y en el opresor que se convierte en el oprimido. Es el ciclo de la existencia humana con el dolor, la soledad, un gran sentimiento de depresión, ansiedad creciente y total falta de seguridad; no tenemos relación alguna con la sociedad ni con nuestros amigos más íntimos. No hay relación que esté exenta de conflicto, riñas y demás. Éste es el mundo en el cual vivimos y el que estoy seguro de que todos ustedes conocen.

Y durante todos estos milenios, nuestros cerebros han sido condicionados por el conocimiento. Por favor, no se limiten a aceptar o rechazar cualquier cosa que diga quien les habla. Cuestiónenlas, duden de ellas, sean escépticos. Sobre todo, no se dejen influir por él, porque nos dejamos influir muy fácilmente, somos muy crédulos. Y si vamos a hablar seriamente acerca de estas cuestiones, debemos tener una mente y un cerebro que estén libres para examinar, libres de prejuicios, de cualquier conclusión u obstinación, de todo tipo de opiniones. Debemos tener un cerebro que esté constantemente investigando, dudando. Sólo entonces podremos relacionarnos unos con otros y, de este modo, podremos comunicarnos.

OJAI, 22 DE MAYO DE 1983

Sean sensibles a la belleza de cada día, de cada mañana nueva, al prodigio del mundo; es un mundo maravilloso, y lo estamos destruyendo en nuestra relación de unos con otros y en nuestra relación con la naturaleza, con todas las cosas vivientes de esta tierra.

* * *

¿Podemos investigar qué es un cerebro silencioso? Sólo a través de un gran silencio aprendemos, observamos; no cuando estamos haciendo muchísimo ruido. Para observar aquellos cerros y estos hermosos árboles, para observar a nuestra familia y a nuestros amigos, debemos tener espacio y tiene que haber silencio. Pero si estamos parloteando, chismorreando, no tenemos espacio ni silencio. Y necesitamos espacio, no sólo físicamente sino también –y mucho más– psicológicamente. Ese espacio es negado cuando estamos pensando en nosotros mismos. ¡Es tan simple! Porque cuando hay paz, un inmenso espacio psicológico, hay una gran vitalidad. Pero cuando ese espacio se limita a nuestro propio e insignificante yo, la limitación de éste refrena totalmente esa energía inmensa. Por eso la meditación implica la terminación del yo.

Ustedes pueden escuchar interminablemente todo esto, pero si no lo convierten en acción, ¿qué sentido tiene que lo

escuchen? Si en realidad no son conscientes de sí mismos, de sus palabras, de sus gestos, del modo como caminan, como comen, si no saben por qué beben y fuman y todas las demás cosas que hacen los seres humanos, si no se dan cuenta de todas las cosas físicas, ¿cómo, entonces, pueden darse cuenta de lo que ocurre profundamente? Si uno no es consciente de eso, entonces se vuelve vulgar, burgués, mediocre. La raíz etimológica de la palabra *mediocre* significa «subir a medias la colina», escalar a medio camino la montaña sin llegar jamás a la cima. Eso es la mediocridad. O sea que implica no exigir jamás excelencia de nosotros mismos, no exigirnos nunca bondad total o libertad total; no libertad para hacer lo que nos plazca –eso no es libertad, es trivialidad–, sino libertad con respecto a todo el dolor de las ansiedades, de la soledad, de la desesperación y demás.

Para descubrir eso, o dar con ello, o para que ello exista, tiene que haber gran espacio y silencio; no un silencio artificial, no el pensamiento que dice: Debo estar silencioso. El silencio es algo extraordinario, no es el silencio entre dos ruidos, como la paz no es lo que hay entre dos guerras. El silencio es algo que entra naturalmente cuando estamos observando, cuando observamos sin ningún motivo, sin ninguna clase de exigencia. Sólo observar y ver la belleza de una estrella única en el cielo, o contemplar un árbol solitario en el campo, u observar así a nuestra esposa, a nuestro marido, lo que fuere que observemos. Observar con un gran silencio y un gran espacio. Entonces, en ese observar, en ese estado de alerta, hay algo que está más allá de las palabras, más allá de toda medida.

Usamos palabras para medir lo inmensurable. Por lo tanto, uno también debe estar atento a la red de las palabras, darse cuenta de cómo las palabras nos engañan, de lo mucho que significan para nosotros: la palabra *comunismo*, para un capitalista significa algo terrible. Las palabras se vuelven extraordinariamente importantes. Seamos, pues, conscientes de

esas palabras y vivamos con la palabra *silencio* sabiendo que la palabra no es el silencio, vivamos con esa palabra viendo su importancia, su contenido, ¡la belleza que encierra esa palabra! Entonces, cuando el pensamiento está quieto y uno observa, comienza a darse cuenta de que hay algo más allá de toda imaginación, duda y búsqueda. Y tal cosa existe, al menos para quien les habla. Pero lo que él dice carece de validez para otro. Si ustedes escuchan, aprendan, observen, estén totalmente libres de todas las ansiedades de la vida; sólo entonces existe una religión que da origen a una cultura nueva, por completo diferente. No somos personas cultas en absoluto. Ustedes podrán ser muy hábiles en los negocios, podrán ser extraordinariamente capaces en lo tecnológico, podrán ser médicos o profesores, pero siguen siendo muy limitados.

La terminación del sí mismo, del «yo», implica ser nada. La palabra «nada» (*nothing*) quiere decir «ninguna cosa» (*not a thing*). Ninguna cosa creada por el pensamiento. Ser nada es no tener imagen alguna sobre uno mismo. Pero tenemos muchas imágenes de nosotros mismos. No tener imagen de ninguna clase, no tener ninguna ilusión, es ser absolutamente nada. El árbol nada es para sí mismo. Existe, y en el mismo hecho de existir es una cosa supremamente bella, como aquellos cerros: existen. No se convierten en cosa alguna, porque no pueden. Como la semilla de un manzano: es manzana. No trata de convertirse en pera o en otra fruta: *es*. ¿Comprenden? Esto es meditación. Éste es el final de la búsqueda, y entonces la verdad *es*.

BROCKWOOD PARK, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1983

Nunca miramos la vida como un movimiento extraordinario de una gran profundidad e inmensidad. Hemos reducido nuestra vida a un asunto muy vulgar e insignificante. Y la vida es realmente lo más sagrado que existe. Matar a alguien es el más impío de los horrores –y lo es enfurecerse, ser violento con alguien.

* * *

Como estamos tan fragmentados, jamás vemos el mundo como una totalidad. ¡Somos tan terriblemente limitados, tan mezquinos! Nunca tenemos este sentimiento de totalidad en el que las cosas del mar, de la tierra y del cielo, de la naturaleza, del universo, son parte de nosotros. No como algo imaginado; uno puede abandonarse a alguna clase de imaginación extravagante e imaginar que somos el universo, ¡en cuyo caso nos volvemos locos! Pero, si uno termina con este interés mezquino y egocéntrico y no guarda nada de eso, entonces, a partir de ahí, puede moverse infinitamente.

OJAI, 24 DE MAYO DE 1984

Interlocutor: ¿Cómo puede uno vivir en esta Tierra sin dañar ni destruir su belleza, sin traer sufrimiento y muerte a otros?

Krishnamurti: ¿Alguna vez se lo ha preguntado? ¿Realmente? ¿Se ha enfrentado a esa pregunta no de manera teórica sino factual? No escape de ella, no explique que el sufrimiento es necesario y cosas así; considere la pregunta, enfréntela. ¿Se ha planteado alguna vez una pregunta semejante? No en grupo, no para hacer una demostración contra algún político que quiere destruir el Parque Nacional, o esto o aquello. Formular una pregunta así implica que usted está ardiendo con ella, que es algo tremendamente real, no sólo una pregunta caprichosa para pasar el tiempo. Vivir en esta Tierra con su extraordinaria belleza y no destruirla; terminar con el dolor y no matar a otro ser humano ni a cosa viviente alguna. Hay cierta secta en la India cuyo medio de transporte es el caminar; no toman trenes ni aviones ni carruajes, y se ponen una mascarilla a fin de no matar a ningún insecto con la respiración. Algunos de ese grupo vinieron a ver a quien les habla y para eso caminaron ochocientas millas. Ellos jamás matarán.

Y están los que matan: matan por deporte, por diversión, por provecho (toda la industria de la carne). Están los que destruyen la Tierra, descargan gases tóxicos, contaminan el

aire, las aguas y se contaminan unos a otros. Esto es lo que estamos haciendo con la Tierra y con nosotros mismos.

¿Podemos vivir en esta Tierra con su inmensa belleza y no traer sufrimiento o muerte a otros? Ésta es una pregunta muy, muy seria. Vivir una vida sin causar sufrimiento o la muerte a otros; ello significa no matar a un ser humano y tampoco matar animal alguno por deporte o para alimentarse. ¿Comprende todo esto? Ésta es la cuestión.

Había cierta clase de personas en la India que jamás comían carne. Pensaban que estaba mal matar. En esa época les llamaron brahmines. La civilización occidental nunca ha investigado si es correcto matar, si se justifica matar cualquier cosa viviente. El mundo occidental ha destruido razas humanas completas. ¿De acuerdo? En Norteamérica han destruido a los indios, los han eliminado porque querían apoderarse de sus tierras y todo eso. ¿Podemos, entonces, vivir en esta Tierra sin matar, sin guerras? Yo podría responder a eso, ¿pero qué valor tendría para ustedes si siguen matando? No estoy abogando por el vegetarianismo. (Un autor escribió hace un tiempo: ¡«el vegetarianismo se está extendiendo en este país como una fea enfermedad»!) Pero uno mata un repollo, de modo que, ¿dónde traza la línia divisoria? ¿Hace usted un problema de eso? ¿Comprende mi pregunta?

Si usted está contra la guerra, como lo están ciertas personas entre las que me incluyo, si está contra el matar a otros seres humanos por cualquier razón que fuere, ¡entonces no puede despachar una carta por correo! El sello postal que compra, la comida que obtiene, los paga con dinero que en parte se destina a los gastos de defensa, a armamentos. Si compra petróleo (gas en este país), parte de ese costo va para eso, y así sucesivamente. ¿Qué hará entonces? ¿Si no paga impuestos, le multan o le encarcelan. Si no compra sellos postales o gas, no puede escribir cartas, no puede viajar. Entonces se mete en un rincón. Y vivir en un rincón parece más bien inútil. Entonces, ¿qué hará? ¿Acaso dice: «No viajaré,

no escribiré ninguna carta»? Todo esto contribuye a sostener el ejército, la armada y los armamentos, ¿entiende? Todo ese jaleo. ¿O abordará esto de una manera diferente? ¿Por qué matamos? Las religiones, especialmente el cristianismo, han matado a muchísima gente; han torturado a personas llamándolas herejes, las han quemado. Usted conoce toda esa historia. También los musulmanes lo han hecho. Probablemente los hindúes y los budistas son los únicos que no han matado; su religión lo prohíbe.

¿Cómo puede uno vivir en esta Tierra sin matar ni causar sufrimiento a otro? Investigar esta pregunta realmente a fondo es un proceso muy, muy serio. ¿Existe esa calidad de amor que responde a esta pregunta? Si usted ama a otro ser humano, ¿está deseoso de matar a esa persona? ¿Mataría usted, entonces, cosa alguna, excepto ciertos alimentos que necesita, vegetales, nueces y demás? Pero, aparte de eso, ¿mataría alguna otra cosa? Investigue todas estas preguntas y vívalas, ¡por Dios! no se limite a hablar de ello.

Lo que está dividiendo al mundo son los ideales, la ideología de un grupo contra otro, esta aparentemente perpetua división entre hombre, mujer y demás. Se ha tratado de tender un puente sobre esta división, por medio de la lógica, de la razón, de diversas instituciones, fundaciones y organizaciones, pero han fracasado totalmente. Esto es un hecho. El conocimiento tampoco ha resuelto este problema; el conocimiento en el sentido de experiencia acumulada, etc. Y el pensamiento, por cierto, no ha dado solución a este problema.

Queda, pues, una sola salida para esto: descubrir qué es el amor. El amor no es deseo, no es posesión, no es la actividad personal, egocéntrica: primero yo y después los demás. Pero al parecer, ese amor no tiene sentido para la mayoría de las personas. Pueden escribir libros al respecto, pero carece de significación, de manera que tratan de inventar esa cualidad, ese perfume, esa llama, esa compasión. La compasión tiene su inteligencia, que es la suprema inteligencia. Cuando exis-

ta esa inteligencia nacida de la compasión, del amor, entonces todos estos problemas se resolverán sencillamente, tranquilamente. Pero nosotros jamás perseguimos la cuestión hasta el final. Puede que lo hagamos intelectualmente, verbalmente, pero si lo hacemos con el corazón, con la mente, con toda la pasión puesta en ello, entonces la Tierra seguirá siendo bella. Y entonces hay un gran sentido de la belleza dentro de nosotros mismos.

DEL *«DIARIO II»* DE KRISHNAMURTI, 4 DE ABRIL DE 1975

Si uno pierde contacto con la naturaleza, pierde contacto con la humanidad. Si no hay relación con la naturaleza, nos convertimos en asesinos; entonces matamos a los cachorros de foca, a las ballenas, a los delfines y al hombre, ya sea por provecho, por «deporte», por comida o en aras del conocimiento. Entonces la naturaleza nos teme y repliega su belleza. Podremos hacer largas caminatas por los bosques o por los campos en lugares encantadores, pero somos unos asesinos y por eso perdemos su amistad. Es probable que no estemos relacionados con nada, ni con nuestra esposa ni con nuestro marido; estamos demasiado ocupados, ganando y perdiendo, con nuestros propios pensamientos, placeres y pesares privados. Vivimos en nuestro oscuro aislamiento particular, y el escape de ello es más oscuridad. Nuestro interés está puesto en una corta, insensata supervivencia, plácida o violenta. Y miles mueren de hambre o son sangrientamente asesinados a causa de nuestra irresponsabilidad. Dejamos el arreglo del mundo a cargo de los mentirosos y corruptos políticos, de los intelectuales, de los expertos. Porque carecemos de integridad construimos una sociedad inmoral, tramposa, una sociedad basada en el más absoluto egoísmo. Y

entonces escapamos de todo esto –de lo cual somos los únicos responsables–, yéndonos a las playas, a los bosques, o empuñando una escopeta por «deporte».

Puede que conozcamos todo esto, pero el conocimiento no produce transformación alguna en nosotros. Cuando tengamos este sentido de lo total, estaremos relacionados con el universo.

RAJGHAT, 12 DE NOVIEMBRE DE 1984

Para tener una mente religiosa, la primera exigencia o necesidad es la belleza. La belleza no se encuentra en una forma particular, en un rostro hermoso, en una bella manera de vivir, etc. ¿Qué es la belleza? Sin ella no hay verdad, no hay amor; sin la belleza no hay sentido de moralidad. La belleza en sí misma es virtud. Entonces, vamos a investigar juntos qué es la belleza. Quien les habla puede expresarlo en palabras, pero son ustedes los que tienen que asumir la responsabilidad de investigar por sí mismos qué es la belleza. ¿Se encuentra ésta en una pintura, en las maravillosas esculturas antiguas de los egipcios, de los griegos, en el *Mahesha Murthi* de Bombay, etc.? ¿Qué es la belleza? ¿Qué significa para ustedes? ¿Es el vestido, con los hermosos diseños de un sari? ¿Es el bello cielo al anochecer o muy temprano por la mañana? ¿Es la belleza de la montaña, de los campos y los valles, de las praderas y los torrentes? ¿Es la belleza de un pájaro, de los espléndidos árboles añosos? ¿Depende, entonces, la belleza de una cultura determinada, de una tradición en particular? Los tejedores de la India tienen una tradición: producen telas magníficas con diseños maravillosos. ¿Es eso la belleza? ¿O la belleza es algo por completo diferente? Cuando ustedes contemplan las montañas inmensas con sus nieves eternas y sus valles profundos, los contornos de una montaña magnífica, majestuosa, contra el cielo azul, cuando

perciben eso por primera o por centésima vez, ¿qué es lo que realmente ocurre?

¿Qué ocurre cuando ven el río a la luz de la mañana, con el sol que está comenzando a levantarse y traza un sendero dorado sobre las aguas? Cuando contemplan eso, ¿qué ocurre? ¿Repiten algún mantra o por el momento se quedan en completo silencio? La belleza de esa luz sobre el agua desaloja todos sus problemas, todas sus ansiedades, todo lo demás, por unos cuantos segundos o unos cuantos minutos o por una hora, lo cual implica que el yo no se encuentra ahí –el yo, la actividad egoísta, centrada en sí misma, el interés propio–. Todo eso es expulsado por la gran belleza de una nube plena de luz y dignidad; en ese momento, el yo se halla ausente. Entonces, ¿no existe la belleza cuando el yo no está? No asientan a esto ni inclinen la cabeza diciendo: «¡Cuánta razón tiene, qué maravilloso!» para después seguir con su egocentrismo y su interés propio y hablar lógica o teóricamente sobre la belleza. La belleza es algo que debe ser percibido, no guardado en la mente como un recuerdo. Así, la belleza es algo mucho más profundo, mucho más insondable y extenso que una mera pintura, un diseño, un rostro hermoso o unos modales llenos de gracia. Hay belleza sólo cuando el yo se halla ausente. Eso es lo primero que se requiere en la comprensión de lo que es una mente religiosa.

Al investigar esto, también es indispensable un cerebro global, no un cerebro provinciano, sectario, limitado. Ese cerebro debe comprender el inmenso y complejo problema humano. O sea, que ha de ser una mente holística, un cerebro que abarque la totalidad de la existencia. No nuestra existencia particular, nuestros problemas particulares, porque a cualquier parte que vayamos, a América, a Europa, a la India, a Asia, etc., los seres humanos sufrimos... Somos seres solitarios, ansiosos, temerosos, buscadores de bienestar, desdichados, deprimidos, irritados, con momentos ocasionales

de alegría, placer y demás. Un cerebro holístico se interesa por la humanidad total, porque todos somos similares.

También tienen que descubrir por sí mismos cuál es la relación entre la naturaleza y cada uno de ustedes. Eso forma parte de la religión. Puede que no estén de acuerdo, pero considérenlo, examínenlo. ¿Tienen relación alguna con la naturaleza, con los pájaros, con las aguas de ese río? Todos los ríos son sagrados, pero los están contaminando cada vez más. A uno de esos ríos pueden llamarlo Ganges, Támesis, Nilo, Rin, Mississippí o Volga. ¿Cuál es la relación que establecen con todo eso, con los árboles, los pájaros, con las cosas vivientes que llamamos naturaleza? ¿Acaso no formamos parte de ello? Por lo tanto, ¿no somos nosotros el medio? Me pregunto si estoy hablando disparates y ustedes sólo escuchan indiferentemente. Todo esto, ¿significa algo para ustedes o soy un extraño procedente de Marte hablando acerca de algo con lo que no están ni siquiera relacionados? ¿Tiene esto algún significado? La respuesta depende de ustedes.

MADRÁS, 29 DE DICIEMBRE DE 1979

Estamos conversando acerca de la naturaleza de la mente con sus extraordinarias capacidades. Y nosotros, los seres humanos, durante milenios y milenios hemos reducido estas capacidades a un campo muy estrecho y limitado. Esta inmensa energía de la mente ha creado cosas asombrosas en el campo tecnológico. Los seres humanos han estado en la Luna, bajo el mar y han inventado los artefactos más diabólicos. También han traído grandes beneficios a campos tales como la cirugía y la medicina. Pero esta energía inmensa ha sido cercenada, limitada, reducida, y nuestras vidas –si las observamos con atención– son básicamente un campo de batalla, de conflicto, un área en la que los seres humanos están el uno contra el otro, destruyéndose mutuamente; no sólo han destruido a seres humanos, sino que también están destruyendo la tierra y los mares. La palabra *explotar* significa usar a otro en provecho propio. Esta explotación tiene lugar en todos los campos de la vida.

Y uno se pregunta por qué los seres humanos viven del modo como están viviendo: la batalla, el conflicto, la confusión, la total desdicha, el dolor, así como el placer y las alegrías que pronto se desvanecen. Quedamos con las manos vacías, amargados, cínicos y no creemos en nada o nos volvemos hacia la tradición. Pero aun esta tradición está per-

diendo hoy su asidero, y si observan con mucho detenimiento, verán que la mente vive ahora –no sólo físicamente sino, mucho más, psicológicamente– de comentarios, de libros, escrituras como la Biblia y el Corán. ¿Qué le sucede a una mente que vive a base de libros, no sólo en las escuelas, colegios y univerdidades, sino también en el campo religioso? (uso la palabra *religioso* en su significado corriente). Cuando viven a base de libros, viven de palabras, de teorías acerca de lo que han dicho otras personas. Y si viven de ese modo, es obvio que tiene que haber degeneración. Regresan al libro, como lo están haciendo las religiones organizadas, y usan ese libro como autoridad, una autoridad brutal, dogmática, cruel y destructiva. Viven conforme al libro, conforme a lo que han dicho otras personas y que ha sido aceptado por ustedes: ¡los comentarios y los comentarios de los comentarios y así sucesivamente! Y cuando esta civilización, que posiblemente ha existido durante tres mil años o más, se enfrenta con la crisis, se derrumba. La degeneración, la corrupción tiene lugar en todos los niveles de la vida –los gurúes industrializados, los políticos, los hombres de negocios, las personas religiosas–, todo ello se desintegra.

Uno ha preguntado a diversas personas cuál es la causa de este deterioro, de esta degeneración, y no saben realmente qué responder. Le dan a uno ejemplos de degeneración, pero aunque uno ha discutido con varios pundits, eruditos y profesores, no parecen encontrar la raíz de este deterioro. No sé si ustedes han pensado al respecto. Si han reflexionado con seriedad sobre esto, ¿sería correcto afirmar que han vivido de las ideas de otras personas, de las doctrinas y creencias de otros? Y entonces, el resultado natural es, al parecer, que cuando uno vive una vida de segunda mano, una vida a base de palabras, ideas, creencias, su mente, la totalidad de su mente se marchita.

Por esa palabra *mente* entendemos todos los sentidos activos con sus reacciones neurológicas, todas las emociones,

todos los deseos, el conocimiento tecnológico y el cultivo de la memoria, que es la capacidad de pensar con claridad o confusamente. Esta mente ha estado buscando ese germen que el hombre ha plantado desde el principio de los tiempos, el cual jamás ha florecido –esa semilla de la verdadera religiosidad. Porque sin esa clase de religión no puede haber una nueva civilización ni una nueva cultura. Podrá haber sistemas nuevos, filosofías nuevas, nuevas estructuras sociales, pero será el mismo patrón repetido una y otra vez.

Entonces, ¿qué haremos? ¿Qué hará cada uno de ustedes como ser humano que vive en esta tierra maravillosa con sus bellas montañas y sus paisajes admirables, y sus mares y sus ríos...? (Esto no es poético, sólo lo estoy señalando). ¿Qué podemos hacer juntos para abrirnos paso por este deterioro? O sea, no crear nuevos sistemas, nuevos sistemas sociales, nuevas órdenes religiosas, nuevas series de creencias, ideales, dogmas y rituales, porque ese juego lo hemos estado repitiendo infinidad de veces. Para dar origen a un mundo diferente, si es que son del todo serios, ha de surgir a la existencia una cualidad nueva: la bondad. La palabra *bueno* significa que uno es total, que no está fragmentado; un ser humano bueno implica un ser humano en el que no existe ningún elemento de división. Es, en sí mismo, completo, total, sin sentido alguno de conflicto.

Estamos explorando juntos el hecho de nuestra crisis actual, que no es meramente económica, social, sino la crisis en nuestra conciencia, en nuestro propio ser –no la crisis de un nuevo sistema, no la crisis de la guerra, etc.– Es una crisis en la existencia misma de la humanidad. ¿Y de qué manera puede ser transformada esta conciencia?

¿Qué es lo que los hará cambiar? ¿Una crisis? ¿Un golpe en la cabeza? ¿El dolor? ¿Las lágrimas? Todo eso ha sucedido, una crisis tras otra. Hemos derramado lágrimas interminablemente y nada parece cambiar al hombre, porque ustedes confían en que algún otro haga el trabajo: sus maestros, sus

gurúes, sus libros, sus profesores, las personas hábiles e ingeniosas que elaboran nuevas teorías. Nadie dice: «Voy a descubrir». Aunque toda la historia de la humanidad está dentro de nosotros, ¡jamás leemos nuestro propio libro! Está todo ahí, pero nunca nos tomamos la molestia ni tenemos la paciencia y la persistencia para investigar. Preferimos vivir en este caos, en esta desdicha.

Entonces, ¿qué es lo que les hará cambiar? Por favor, pregúntenselo a sí mismos, ardan con esa pregunta, porque hemos caído en el hábito. La casa de ustedes se está quemando y, aparentemente, no prestan atención. Así que si no cambian, la sociedad seguirá siendo como es. Y vienen las personas ingeniosas y dicen que la sociedad debe cambiar, lo cual implica una nueva estructura; la estructura se vuelve, entonces, más importante que el hombre, como lo han demostrado todas las revoluciones.

Después de considerar todo esto, nos preguntamos: ¿existe un aprender, un despertar de la inteligencia, un sentido de orden en nuestras vidas, o vamos a volver a la misma rutina? Si ustedes tienen esa inteligencia, esa bondad, ese sentido de amor inmenso, entonces crearán una maravillosa sociedad nueva donde todos podremos vivir dichosamente. Es nuestra Tierra, con la tierra india, inglesa o rusa; es nuestra Tierra en la que podemos vivir con felicidad, inteligentemente, no estrangulándonos unos a otros. Así que, por favor, dediquen la mente y el corazón a descubrir por qué no cambian, ni siquiera en las pequeñas cosas. Tengan la bondad de prestar atención a sus propias vidas. Poseen capacidades extraordinarias. Todo aguarda a que ustedes abran la puerta.

DEL «*DIARIO*» DE KRISHNAMURTI, 24 DE OCTUBRE DE 1961

La luna estaba apareciendo exactamente sobre los cerros, atrapada en un alarga nube serpentina que le daba una forma fantástica. Se veía enorme, empequeñecía los cerros, la tierra con sus verdes pastizales. Allí donde iba surgiendo, el cielo se tornaba más claro y había menos nubes, pero pronto desapareció entre los oscuros nubarrones cargados de lluvia. Comenzó a lloviznar y la tierra estaba contenta; aquí no llueve mucho y cada gota es valiosa. La gran higuera, el tamarindo y el mango disputarían a causa de ello, pero las plantas pequeñas y la siembra de arroz se regocijaban aun con una lluvia tan escasa. Por desgracia, incluso las pocas gotas cesaron y pronto brilló la luna en un cielo claro. En la costa estaba lloviendo furioasmente, pero aquí donde la lluvia era indispensable las nubes cargadas pasaban de largo. Era un hermoso anochecer y había sombras oscuras y profundas, de múltiples diseños. La luna brillaba intensamente, las sombras estaban muy quietas y las hojas recién lavadas centelleaban. Mientras uno iba paseando y conversando, la meditación proseguía bajo las palabras y la belleza de la noche. Proseguía a una gran profundidad, fluyendo hacia dentro y hacia fuera, estallando y expandiéndose. Uno se daba cuenta

de ello; ocurría. No era algo que uno estuviera experimentando, la experiencia limita; ello tenía lugar, sucedía sin la participación de uno. El pensamiento no podía compartirlo, porque el pensamiento, en cualquiera de sus formas, es una cosa muy vana y mecánica; tampoco la emoción podía enredarse en ello, era algo demasiado perturbadoramente activo para ambos. Estaba ocurriendo a una profundidad tan desconocida que no existía medida posible para ella. Pero había una gran quietud. Era algo por completo sorprendente y nada común.

Las hojas oscuras brillaban y la luna había trepado muy alto; estaba del lado occidental e inundaba la habitación. Faltaban aún muchas horas para el amanecer y no se oía un sonido; hasta los perros de la aldea, con sus penetrantes ladridos, estaban callados. Al despertar, aquello estaba ahí, con claridad y precisión; estaba ahí «lo otro» y era necesario despertar, no seguir durmiendo. Fue algo deliberado para que uno advirtiera lo que estaba sucediendo, para que hubiera plena y lúcida conciencia respecto de lo que ocurría.

Dormido, ello podría haber sido un sueño, una insinuación del inconsciente, una treta del cerebro; pero al estar totalmente despierto, «lo otro», esta cosa extraña e incognoscible, era una realidad palpable, un hecho y no una ilusión o un sueño. Tenía una cualidad –si es que tal palabra puede aplicársele– de levedad e impenetrable fuerza. Incluso estas palabras poseen cierto significado definido y comunicable, pero estas palabras pierden todo sentido cuando «lo otro» tiene que ser comunicado con palabras; las palabras son símbolos, pero ningún símbolo puede transmitir jamás la realidad. Aquello estaba ahí, con un poder tan incorruptible, tan inaccesible, que nada podía destruirlo. Uno puede acercarse a algo con lo cual está familiarizado, uno debe conocer el mismo idioma para poder comunicarse, tiene que haber alguna clase de proceso del pensamiento, verbal o no verbal; sobre todo, tiene que haber reconocimiento mutuo. No había nada

de eso. Uno puede decir, por su parte, que es esto o aquello, que es tal o cual cualidad, pero en el momento en que ello tenía lugar no había verbalización, porque el cerebro estaba completamente silencioso, sin movimiento alguno del pensar. Pero «lo otro» no está relacionado con nada, y todo pensamiento, toda existencia es un proceso de causa-efecto; por consiguiente, no había relación alguna con aquello ni había causa-efecto; por consiguiente, no había relación alguna con aquello ni había comprensión respecto *de* aquello. Era una llama inaccesible y uno sólo podía mirarla y conservar su distancia. Y, al despertar súbitamente, aquello estaba ahí. Y con eso advino un éxtasis inesperado, un júbilo sin razón alguna; no había causa para ello, porque jamás había sido buscado ni perseguido. Ese éxtasis estaba ahí al despertar otra vez a la hora habitual y continuó por un largo espacio de tiempo.

25 de octubre

Hay una hierba de tallo largo, alguna clase de maleza silvestre que crece en el jardín y que tiene una florescencia plumosa, oro candente, que destella en la brisa inclinándose casi hasta quebrarse pero sin romperse jamás, excepto bajo un viento fuerte. Hay un grupo de estas malezas color beige dorado, y cuando la brisa sopla las hace danzar; cada tallo tiene su propio ritmo, su propio esplendor, y son como una ola cuando todas se mecen en conjunto. Entonces el color, a la luz del atardecer, es indescriptible; es el color del crepúsculo, de la tierra, de los cerros dorados y de las nubes. Las flores contiguas eran demasiado definidas, demasiado toscas, y exigían que uno las mirara. Estas hierbas silvestres poseían una extraña delicadeza; tenían un tenue aroma a trigo y a tiempos antiguos; eran fuertes y puras, plenas de vida en abundancia. Pasaba cerca una nube crepuscular llena de

luz, mientras el sol descendía detrás del oscuro cerro. La lluvia había dado a la tierra un grato aroma y el aire era agradablemente fresco. Llegaban las lluvias y la tierra estaba expectante.

Ello ocurrió de pronto, al regresar a la habitación; estaba ahí con una acogedora bienvenida, totalmente inesperado. Uno había entrado sólo para volver a salir; habíamos estado conversando sobre diversas cosas, nada demasiado serio. Fue una conmoción y una sorpresa encontrarse con la bienvenida de «lo otro» en la habitación; estaba aguardando ahí con tan clara invitación que parecía vana una disculpa. En varias oportunidades, muy lejos de aquí, en Wimbledon, bajo algunos árboles y a lo largo de un sendero que muchísimas personas transitaban, aquello había estado aguardando en un recodo del camino; con asombro uno permanecía ahí cerca de esos árboles, completamente abierto, vulnerable, sin habla, sin un solo movimiento. No era una fantasía, una ilusión autoproyectada; la otra persona que para ese entonces se encontraba allá también lo percibió. Ello se presentó ahí, en distintas ocasiones, con una bienvenida de amor que todo lo abarcaba; y era algo completamente increíble. Cada vez tenía una cualidad nueva, una nueva belleza, una nueva austeridad. Y los mismo ocurría en esta habitación, era algo totalmente nuevo y absolutamente inesperado. Era belleza que aquietaba por completo la mente y dejaba el cuerpo sin un solo movimiento, tornando la mente, el cerebro y el cuerpo intensamente sensibles y alerta; hacía que el cuerpo se estremeciera y, en unos pocos minutos, «lo otro» con su acogedora bienvenida había desaparecido tan súbitamente como había llegado. Ningún pensamiento, ninguna emoción caprichosa podría invocar jamás un acontecimiento semejante. El pensamiento es mezquino, haga lo que haga, y el sentimiento es muy frágil y engañoso; ninguno de ellos, en sus más disparatados empeños, podría fabricar estos sucesos. Son demasiado inmensurablemente grandes, demasiado inmensos

en su fuerza y pureza para el pensamiento o el sentimiento; éstos tienen raíces y aquéllos no tienen ninguna. No son para que se los invite o retenga; el pensamiento-sentimiento puede jugar toda clase de tretas hábiles o imaginativas, pero no puede inventar ni contener «lo otro». Ello existe por sí mismo y nada puede alcanzarlo.

28 de octubre

Hay una flor roja entre el follaje de color verde oscuro, y uno sólo puede verla desde el balcón. Están los cerros, la arena roja en los lechos de los ríos, la enorme higuera de Bengala y los numerosos tamarindos, pero uno ve sólo esa flor; es tan vistosa, tan plena de color, que no existe otro color. Los retazos de cielo azul, las nubes ardiendo en luz, los cerros violeta, el rico verde de los arrozales, todo se desvanece y sólo queda el color asombroso de esa flor. Llena todo el cielo y el valle; pronto habrá de marchitarse y desaparecer, se acabará y los cerros perdurarán. Pero en esta mañana ella era la eternidad, más allá del tiempo y del pensamiento; contenía en sí todo el amor y la felicidad; no había en ello sentimentalismo ni romanticismo absurdo, ni era un símbolo de ninguna otra cosa. La flor misma moriría al anochecer, pero contenía toda la vida. No era algo sobre lo cual cupiese razonar ni tampoco era algo irracional, alguna fantasía romántica; era tan real como esos cerros y aquellas voces llamándose unas a otras. Era la completa meditación de la vida, y la ilusión no existe hasta que cesa el impacto del hecho. Esa nube tan llena de luz es una realidad cuya belleza no hace furioso impacto sobre una mente que se ha embotado y se ha hecho insensible a causa de las influencias, del hábito y de la interminable búsqueda de seguridad. La seguridad en la fama, en las relaciones, en el conocimiento, destruye la sensibilidad y ahí se introduce el deterioro. Esa flor, aquellos cerros y el

agitado mar azul son retos de la vida, como las bombas nucleares, y sólo la mente sensible puede responder a ellos de manera total; sólo una respuesta total no deja detrás de sí huellas de conflicto, y el conflicto indica una respuesta parcial.

Los así llamados santos y los sanyasis han contribuido al embotamiento de la mente y a la destrucción de la sensibilidad. Todos los hábitos, la repetición, los rituales reforzados por las creencias y los dogmas, las respuestas sensorias pueden afinarse y se afinan, pero la percepción alerta, la sensibilidad es completamente otra cosa. La sensibilidad es absolutamente esencial para mirar profundamente en lo interno. Este movimiento de penetrar en lo interno no es una reacción a lo externo; lo externo y lo interno son el mismo movimiento, no están separados. La división de este movimiento como lo externo y lo interno engendra insensibilidad. Penetrar en lo interno es el fluir natural de lo externo; el movimiento de lo interno tiene su propia acción, la cual se expresa exteriormente pero no es una reacción a lo externo. La lúcida percepción de este movimiento total es sensibilidad.

31 de octubre

Era un bello atardecer; el aire era puro, los cerros se veían de color azul, violeta y púrpura oscuro; los arrozales disponían de agua en abundancia y lucían un color intenso que variaba del verde claro a un verde centelleante y metálico; algunos árboles ya se habían recogido para la noche, oscuros y silenciosos, y otros aún permanecían abiertos reteniendo la luz del día. Las nubes eran negras sobre los cerros del oeste, y al norte y al este reflejaban en plenitud la luz del sol que se había puesto detrás de los cerros que ahora tenían un denso color morado. No había nadie en el camino, los pocos que pasaban lo hacían en silencio, y ya no se veía ni un trozo de

cielo azul; las nubes se estaban reuniendo para la noche. Sin embargo, todo parecía estar despierto: las rocas, el lecho seco del río, los arbustos en la luz mortecina. La meditación, a lo largo de ese silencioso y desierto camino, llegó como una suave llovizna sobre los cerros; advino tan fácil y naturalmente como la noche cercana. No había esfuerzo de ninguna clase ni control con sus concentraciones y distracciones; en la meditación no había un dirigir ni un perseguir, no había rechazo ni aceptación, ni continuidad alguna de la memoria. El cerebro era consciente de cuanto lo rodeaba, pero estaba quieto sin respuesta alguna, sin ser afectado por nada, pero reconociéndolo todo sin reaccionar. Estaba muy quieto y las palabras se habían desvanecido junto con el pensamiento. Se hallaba presente esa extraña energía –puede llamársele por cualquier otro nombre, ello no tiene ninguna importancia–, una energía profundamente activa, sin objeto ni propósito. Esa energía era creación, creación sin el lienzo y sin el mármol, y era también destrucción; no era cosa del cerebro humano, de la expresión y el deterioro. Era inaccesible, no podía ser clasificada y analizada, y el pensamiento y el sentimiento no son los instrumentos para su comprensión. No tenía absolutamente ninguna relación con nada, estaba totalmente sola en su vastedad e inmensidad. Y mientras uno avanzaba por ese camino que se iba oscureciendo, existía el éxtasis de lo imposible; no del lograr, del llegar, del éxito y de todas esas inmaduras exigencias y respuestas, sino la inmensa soledad de lo imposible. Lo posible es mecánico. Pero el éxtasis no tenía causa ni razón. Simplemente estaba ahí, no como toda experiencia sino como un hecho, no para ser aceptado o negado, discutido ni disecado. No era una cosa que puediera buscarse, porque no hay sendero que conduzca hacia aquello. Todo ha de morir para que aquello sea; muerte, destrucción, es decir, amor.

Un pobre, agotado jornalero con ropas sucias y rotas, volvía al hogar con su vaca esquelética.

Del «Diario» *de Krishnamurti, 24 de octubre de 1961*

2 de noviembre

El cielo se había nublado muchísimo, los cerros estaban cargados de nubes y éstas se acumulaban en todas direcciones. Caía una fina llovizna y no se veía por ninguna parte un retazo de cielo azul. El sol se había puesto en la penumbra y los árboles se hallaban apartados y distantes. Una vieja palmera que se destacaba contra el cielo azul contenía en sí toda la luz que aún pudiera subsistir. Los lechos de los ríos permanecían silenciosos, la roja arena estaba húmeda, pero no se oía canto alguno; los pájaros habían callado buscando refugio entre las gruesas hojas. Desde el nordeste soplaba una brisa y con ella llegaron nubes todavía más oscuras y más llovizna, pero la lluvia aún no había comenzado en serio; eso vendría más tarde, con furia acumulada. El camino que hay enfrente estaba vacío; era rojizo, tosco, arenoso, y los oscuros cerros lo desdeñaban. Era un camino agradable, con muy escasos automóviles, y los aldeanos lo utilizaban para ir de un lado a otro con sus carretas de bueyes. Los aldeanos aparecían sucios, esqueléticos, andrajosos y con los estómagos hundidos, pero eran nervudos y resistentes; habían vivido de este modo durante siglos y ningún gobierno va a cambiar esto de la noche a la mañana. Pero estas personas tenían siempre una sonrisa, aunque sus ojos estuvieran cansados. Podían bailar después de una dura jornada de trabajo, y había un fuego en ellas, no se sentían desesperadamente vencidas. La tierra no había tenido buenas lluvias durante muchos años y éste quizá fuera uno de esos años afortunados que podría significar más alimento para la gente y forraje para el flaco ganado. Y el camino proseguía hasta unirse, a la entrada del valle, con la gran carretera por la que circulaban unos pocos autobuses y automóviles. Y en esta carretera, mucho más lejos, estaban las ciudades con su suciedad, sus industrias, las casas lujosas, los templos y las mentes insensibles. Pero aquí, en este camino abierto, había

soledad y estaban los numerosos cerros, llenos de siglos e indiferencia.

* * *

Y mientras uno paseaba por ese camino, había un completo vaciado del cerebro y la mente estaba libre de toda experiencia, de todo conocimiento del ayer, aun cuando hubiera sido un millar de ayeres. El tiempo, esa cosa del pensamiento, se había detenido; literalmente, no había movimiento alguno hacia adelante ni hacia atrás, no había un partir, un llegar o un estarse quieto. El espacio como distancia no existía; estaban los cerros y los arbustos, pero no como lo alto y lo bajo. No había relación con nada, pero existía una clara percepción del puente y de los transeúntes. La totalidad de la mente, que incluye el cerebro con sus pensamientos y sentimientos, estaba vacía; y a causa de este vacío había energía, una energía sin medida expandiéndose en anchura y produndidad. Toda comparación, toda medida pertenecen al pensamiento y, por consiguiente, al tiempo. «Lo otro» era la mente sin tiempo; era el hálito de la inocencia y la inmensidad. Las palabras no son la realidad, son solamente medios de comunicación, pero no son la inocencia y lo inconmensurable. Sólo existía el vacío.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y RECONOCIMIENTOS

Del texto literal de la octava plática pública en Poona, 17 de octubre de 1948, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, Krishnamurti Foundation of America (KFA).

Del texto literal de la primera plática pública en Nueva Delhi, 14 de noviembre de 1948, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

De *De la Oscuridad a la Luz*, © 1980, K. & R. Foundation.

Del *Diario II*, 6 de abril de 1975, © 1982 Krishnamurti Foundation Trust, Ltd. (KKTL).

Del texto literal de la segunda plática pública en Nueva Delhi, 28 de noviembre de 1948, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Varanasi, 22 de noviembre de 1964, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

Del texto literal de la quinta plática pública en Varanasi, 28 de noviembre de 1964, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

De *Comentarios sobre el Vivir, Segunda serie*, © 1958, Krishnamurti Writings, Inc. (KWI).

De *la Libertad Primera y Última*, capítulo 3, © 1954, KWI.

De *La liberación del Pasado*, capítulo 11, © 1969, Krishnamurti Foundation (KF).

De *Cartas a las Escuelas II*, 1° de noviembre de 1983, © 1985, KFTL.

De *Cartas a las Escuelas II*, 15 de noviembre de 1983, © 1985, KFTL.

De *Pláticas en Europa 1968*, 25 de abril de 1968, © 1969, Krishnamurti Foundation London (KFL).

De *Pláticas en Europa 1968, Amsterdam*, 22 de mayo de 1968, © 1969, KFL.

Del *Último Diario*, 26 de abril de 1983, © KFTL.

De la grabación magnética del segundo diálogo público en Brockwood Park, 10 de septiembre de 1970, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la primera plática en Saanen, 13 de julio de 1975, © 1991, KFTL.

Del *Último Diario*, 25 de febrero de 1983, © KFTL.

De la grabación magnética de la segunda sesión pública de preguntas y respuestas en Brockwood Park, 4 de septiembre de 1980, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la primera sesión pública de preguntas y respuestas en Madrás, 6 de enero de 1981, © 1981/1991, KFTL.

De la grabación magnética de la primera sesión pública de preguntas y respuestas en Saanen, 29 de julio 1981, © 1991, KFTL.

De *De la Oscuridad a la Luz: El Canto de la Vida,* © 1980, K. & R. Foundation.

Del *Último Diario,* 6 de mayo de 1983, © 1987, KFTL.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Madrás, 27 de diciembre de 1981, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Bombay, 24 de enero de 1982, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la primera plática pública en Ojai, 1° de mayo de 1982, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Madrás, 26 de diciembre de 1982, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Ojai, 22 de mayo de 1983, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la cuarta plática pública en Brockwood Park, 4 de septiembre de 1983, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la primera sesión pública de preguntas y respuestas en Ojai, 24 de mayo de 1984, © 1992, KFTL.

Del *Diario II*, 4 de abril de 1975, © 1982, KFLT.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Rajghat, 12 de noviembre de 1984, © 1991, KFTL.

De la grabación magnética de la tercera plática pública en Madrás, 29 de diciembre de 1979, © 1991, KFTL.

Del *Diario,* octubre de 1961, © 1976, KFTL.

ÍNDICE

Ya en 1948, Krishnamurti había dicho: «A causa de que no amamos la Tierra y las cosas de la Tierra, sino que meramente las utilizamos, hemos perdido contacto con la vida, hemos perdido el sentido de la ternura, de la sensibilidad, y no podemos comprender lo qué es la verdadera relación con los demás».

Sobre la naturaleza y el medio pertenece a una serie sin precedentes compuesta por selecciones temáticas de la obra de Krishnamurti. Aquí se nos explica de qué modo «la verdadera relación» se genera conociendo cómo nuestro mundo interno de pensamientos y emociones viene intrínsecamente ligado con el medio que nos rodea.

Nacido en el sur de la India, Jiddu Krishnamurti es, sin duda, uno de los personajes más fascinantes del siglo xx. Aunque dedicó su vida a hablar a los seres humanos de todas las razas y naciones, rechazó insistentemente la condición de *gurú:* él se comunicaba de individuo a individuo, señalando este «vasto espacio del cerebro que contiene en sí una energía inimaginable».

ISBN 84-7245-319-7



Colección Sabiduría Perenne
Editorial Kairós

KRISHNAMURTI

Sobre la naturaleza y el medio

Kairó